

LA CAMPAÑA DE VITORIA DE 1813

José PARDO DE SANTAYANA¹

El 21 de junio de 1813 la Llanada alavesa, frente a la ciudad de Vitoria, fue testigo de una de las principales batallas de la Guerra de la Independencia. La derrota de la principal fuerza militar que les quedaba a los franceses en España les obligó a buscar refugio detrás de los Pirineos. La mayor parte del territorio español quedó liberado. El rey José perdió su trono y Napoleón sufrió un gran golpe en su prestigio. El momento no pudo ser más inoportuno para el emperador de los franceses ya que se había firmado un armisticio en Centroeuropa y la noticia de la derrota terminó decidiendo a sus enemigos contra él. Tan sonada fue aquella victoria de Wellington que incluso Bethoven le dedicó una sinfonía.

La batalla de Vitoria fue la culminación de una campaña que llevó al ejército aliado mandado por Wellington desde Portugal hasta el Bidasoa. El principal factor estratégico que configuró dicha campaña fue la desastrosa derrota de Napoleón en Rusia a finales de 1812. Tras haber abandonado a su ejército en plena retirada, el Emperador se encontraba de vuelta en París en la noche del 18 de diciembre. Una vez allí inició una actividad frenética para volver a poner en pie un gran ejército con el que derrotar en primavera a rusos y prusianos. La neutralidad de Austria, que era partidaria de un gran acuerdo de paz terrestre y marítimo, resultaba determinante ya que tanto su neutralidad como su intervención en uno u otro sentido podían inclinar la balanza a favor de una de las partes. El gobierno británico deseaba a toda costa la derrota de Napoleón y no quería aceptar la paz que Austria proponía. El gobierno de Londres

¹ Coronel de Infantería.

instaba por ello al rey de Prusia y al zar de Rusia a continuar la guerra a ultranza y estaba dispuesto a subsidiar parte de la actividad militar de ambas monarquías.

El desastre imperial había encendido una ola de entusiasmo nacionalista alemán, lo que daba razones para la esperanza a Prusia y creaba serios problemas al impetuoso Bonaparte. El tiempo era clave ya que los restos del ejército imperial se iban retirando presionados por el avance ruso.

Napoleón tampoco estaba dispuesto a aceptar la paz moderada que propugnaba Viena y, como era su costumbre, quería imponerla desde una situación favorable creada por una victoria militar. Según Thiers², el esquema general de su estrategia para 1813 era el siguiente: con una gran campaña decisiva en Centroeuropa quería dictar la paz terrestre y estaba dispuesto a ceder España para buscar un acuerdo con Gran Bretaña en el ámbito de la paz naval. Estaba convencido de que una gran paz general en el continente obligaría a Gran Bretaña a aceptar sus condiciones. La devolución del trono de España a Fernando VII, quedándose Francia con las provincias del Ebro –Cataluña, Aragón, Navarra y País Vasco–, era la única concesión a la que estaba dispuesto. Esa fue la razón, parece ser, por la que aceptó la presencia de representantes del gobierno de Cádiz en el Congreso de Praga.

De tales designios estratégicos en el gran teatro europeo se derivaron las estrategias parciales de Napoleón y del gobierno británico en España. A pesar de tener una necesidad apremiante de fuerzas militares, Napoleón decidió dejar en España los ejércitos que allí se encontraban, destruyendo de estos solamente 30.000 combatientes veteranos que habían de ser enviados a Francia para constituir nuevas unidades y enviando a España 4.000 hombres procedentes de la recluta o de los hospitales para compensar en parte las pérdidas. En la Península quedarían pues unos 175.000 hombres en condiciones de entrar en combate. El invierno debía ser dedicado a combatir a las fuerzas guerrilleras del Norte, para lo cual debía enviarse un potente contingente desde las posiciones de cobertura de la frontera portuguesa hasta Navarra y el País Vasco con el fin de pacificar dichas provincias y estar de vuelta en primavera a la espera de la ofensiva de Wellington. La reunión de los ejércitos de Portugal, del Mediodía y del Centro, con el refuerzo que pudiera enviar el del Norte y unos efectivos totales de más de 80.000 hombres, debía ser suficiente para derrotar cualquier intento ofensivo del ejército aliado.

² THIERS, Adolphe: *Histoire du Consulat et de l'Empire*, v. XVI, pág. 84.

La necesidad de pacificar las provincias del norte respondía a tres razones: en primer lugar, la insurrección había crecido hasta tal punto que las tropas ocupantes estaban perdiendo el control de dicho territorio: Mina bloqueaba Pamplona, Santoña estaba sitiada, la línea de comunicaciones era interrumpida constantemente y, gracias a la artillería desembarcada por los buques británicos en la costa, las unidades guerrilleras estaban en condiciones de conquistar los puestos fortificados en los que se apoyaba la ocupación del territorio. En segundo lugar, aunque el hermano del emperador tuviera la titularidad del mando de los ejércitos en España, la guerra se seguía dirigiendo desde París y era pues esencial que las vías de comunicación estuvieran despejadas. Por último, si el Emperador quería incorporar las provincias del Ebro a Francia, era importante –por razones tanto políticas como militares– que tuviera un control efectivo sobre dichos territorios. El plan de Napoleón era pues más acertado y coherente de lo que se le suele reconocer con tal de que se cumpliera una condición: que las divisiones enviadas al norte estuvieran de vuelta en el valle del Duero antes de principios de mayo, fecha en la que era previsible que Wellington hubiera iniciado su ofensiva.

Para Londres las exigencias estratégicas en España eran las siguientes: inicialmente se había considerado incluso la posibilidad de que las tropas imperiales se vieran obligadas a abandonar España, en cuyo caso se pensó en la posibilidad de dirigir la fuerza expedicionaria británica al norte de Europa –algo de lo que Wellington no era nada partidario– o al sur de Francia. En marzo, cuando se fue conociendo la verdadera intención de Napoleón de mantener la mayor parte de su Ejército de España en territorio español, se planteó la clara necesidad de que Wellington pasara a la ofensiva en cuanto lo hiciera Napoleón para estar en condiciones de pedir a Prusia y Rusia que no cesaran en su empeño contra el temido corso.

Wellington, por su parte, en cuanto a finales de diciembre de 1812 tuvo conocimiento de la debacle rusa, se puso manos a la obra para recuperar su ejército de la reciente retirada desde Burgos y para preparar un plan para la siguiente primavera. Contando con que las fuerzas imperiales se verían reducidas por las necesidades militares en Alemania, esperaba encontrarse con un enemigo debilitado pero cuyo volumen total evidentemente desconocía. Su principal preocupación era evitar a toda costa un nuevo repliegue hasta Ciudad Rodrigo y la frontera portuguesa como el del otoño anterior. Puesto que el ejército anglo-portugués era abastecido por retaguardia desde los puertos de Lisboa y Oporto, dicha eventualidad se presentaría como una seria amenaza si no cam-

biaba los puertos de referencia según iba avanzando, circunstancia que se iría agravando además según se acercara a la frontera francesa, ya que cuanto más territorio abandonaran sus oponentes mayor sería también la masa de maniobra que le podrían oponer. Era igualmente importante que a retaguardia de la posición que fuera alcanzando, y a una distancia no excesivamente grande, pudiera encontrar un terreno favorable a la defensiva donde pudiera detenerse y plantar cara a su oponente si éste se concentraba y se dirigía contra él.

Para poder disponer rápidamente una nueva base de abastecimiento según la evolución de las operaciones, el lord inglés pidió a su gobierno que preposicionase a su disposición en el puerto de La Coruña un convoy naval con todos los recursos necesarios para el sostenimiento de su ejército. Éste debía permanecer en dicho puerto cargado y a la espera de ser requerido allí donde Wellington lo indicase.

Los únicos puertos que reunían las condiciones para poder servir de base logística en la dirección de marcha hacia los Pirineos eran pues, primero, los magníficos puertos gallegos y después, Santander. Los primeros quedarían abiertos como punto de partida de la línea de abastecimiento en cuanto reuniera su ejército detrás del río Esla y por Benavente enlazara con los caminos reales tanto de Vigo como de La Coruña. Alcanzado dicho punto los franceses se verían obligados a abandonar todo el territorio español al sur del Duero, lo que ya era un primer éxito estratégico, y si éstos pasaban a la ofensiva, según la entidad de la fuerza que le atacara, Wellington podría presentar batalla detrás del mismo Esla o retirarse hasta los montes de León donde podía encontrar posiciones defensivas muy favorables. Como las tropas imperiales vivían de lo que obtenían sobre el terreno, éstas no podían permanecer reunidas durante mucho tiempo. De ese modo, si no pasaban al ataque se verían obligadas a retirarse en dirección a Valladolid y Burgos. Por otra parte, como ya hemos adelantado, al hacerlo los franceses irían aumentando su fuerza porque podían recoger las fuerzas que se encontraban a retaguardia.

La segunda etapa de su plan consistía en avanzar hacia Burgos para a partir de allí abrir la comunicación con Santander. El punto más sensible de la maniobra se produciría al aproximarse a dicha ciudad porque: las posibilidades de una ofensiva francesa se hacían muy probables; su línea de comunicaciones se iba alargando; la nueva línea se presentaba en ángulo recto a su izquierda, forzando un cambio brusco de frente; y el terreno llano de Castilla era muy favorable a las maniobras del ejército francés que por añadidura era muy superior en caballería.

Una vez al norte de Burgos y con el puerto de Santander a su espalda, Wellington contaba con un terreno montañoso, reforzado por el foso del Ebro, para atrincherarse si la situación lo exigía. Según Sarramon³ el plan inicial del general inglés no debió ir mucho más allá de ese punto. A partir de ese momento, y con la frontera francesa como horizonte, las circunstancias dictarían el modo de proceder. Alcanzando dicha sólida posición, el ejército aliado ya obtendría un éxito estratégico de primer orden al forzar a los imperiales a abandono del resto del valle del Duero y, sin saberlo, dejaba seriamente erosionado el propio plan de Napoleón.

Aquella vasta operación requería unos serios preparativos logísticos y presentaba las mayores dificultades en la primera fase de la maniobra, donde además el secreto era esencial. El esquema operativo de Wellington era el siguiente: haciendo pensar a los franceses que avanzaría por la ruta del año anterior, la que entraba en España por Ciudad Rodrigo y Salamanca, la única que permitía un acceso fácil desde el norte de Portugal hacia el valle del Duero, el ala izquierda de la fuerza anglo-portuguesa, la más potente de las dos -al mando de Graham- debía atravesar el Duero por el interior de Portugal y marchando por un terreno con escasísimas y malas vías de comunicación entrar en España por la provincia de Zamora desde la dirección de Braganza y Miranda de Duero. Desde allí avanzaría hasta el Esla donde esperaría la reunión con el ala derecha. Ésta, dividida a su vez en dos fracciones, y al mando del propio Wellington, convergería hacia Salamanca. La presencia del general en jefe en dicha dirección era esencial para que los franceses permanecieran en la creencia de que aquella era la dirección principal de ataque. Una vez expulsada de Salamanca la división que la guarnecía, el ala derecha esperaría en posición hasta la llegada al Esla de Graham y sus divisiones, y entonces cruzaría el Duero aguas abajo de la confluencia de aquel río con el Duero por medio de un puente portátil que llevaría consigo el ala izquierda. Si la maniobra fallaba, había otra parte del parque de puentes a retaguardia de Salamanca, en Freixo de Espada A Cinta, aguas arriba de la convergencia del río Águeda con el Duero. En caso de ataque francés, el ala derecha podía retirarse fácilmente en aquella dirección completamente inesperada para los imperiales. Una vez a cubierto por el profundo cañón del Duero, el ala derecha se uniría a Graham por la ruta de Miranda de Duero.

En cuanto Graham alcanzara el Esla, las divisiones españolas de Galicia al mando de Girón debían ponerse igualmente en marcha para

³ SARRAMON, Jean: *La bataille de Vitoria*. J.C. Bailly Editeur, París 1985, pág.53.

alcanzar Benavente y constituirse en ala izquierda del frente de avance aliado. Por otra parte, el ejército de reserva de Andalucía debía avanzar desde Sevilla hasta Salamanca para proteger las comunicaciones, las ciudades de la ruta y el bloqueo de ciertos puestos que los ocupantes dejaran detrás de sí en el transcurso de su repliegue. El resto de los ejércitos españoles en la Península, incluida una fuerza anglo siciliana embarcada que debía amenazar la costa levantina, debía retener sobre el terreno a las tropas francesas de los ejércitos de Aragón, y Cataluña.

Para la segunda etapa de la operación, la que debía llevar al ejército aliado desde el Esla hasta Burgos, no había itinerarios predeterminados, más allá de una vaga idea de ir desbordando al enemigo por su flanco norte. El general inglés tenía muy presentes las maniobras con que Clauzel le había contenido 11 días en el avance desde Valladolid a Burgos durante la contraofensiva de septiembre de 1812. Dicho general francés había ido tomando posición en las sucesivas líneas defensivas que los ríos transversales van ofreciendo a lo largo del camino real. Con ello había obligado a Wellington a concentrarse, detenerse y desplegar frente a cada una de las posiciones.

Por su parte, la causa patriótica española no llegó a diseñar una estrategia clara y definida porque el poder político real estaba difuminado entre una débil Regencia, unas cortes dominantes –pero cuya toma de decisiones era inevitablemente asamblearia– y los múltiples poderes locales muy dispersos por la periferia peninsular española. El mando del ejército español había sido entregado al lord inglés en calidad de generalísimo de los ejércitos, una medida verdaderamente insólita cuando estaban en juego aspectos e intereses estratégicos que iban más allá de la esencial liberación de España y que habrían de ser negociados si se alcanzaba algún tipo de acuerdo de paz. Primó la idea de impedir que un general español con una excesiva concentración de poder pudiera tener una influencia determinante en los asuntos políticos internos.

Si se trataba de conseguir la unidad de acción de todas las fuerzas militares en la Península, hubiera bastado con dar el mando del ejército español –o al menos de la parte que operaba con Wellington– a Castaños con orden de integrar su fuerza en el esfuerzo general de los aliados y el general español, que se entendía bien con el inglés y tenía acreditadas dotes diplomáticas, habría conseguido un resultado similar al de dar el mando real a Wellington. En dicho sentido, debe recordarse que, como era de esperar, no se cumplirían las condiciones acordadas con el lord en su condición de jefe supremo de los ejércitos españoles. Se hizo ciertamente un esfuerzo mayor en aumentar la fuerza humana

de los ejércitos existentes que en poner los medios para su sostenimiento. Además, la decisión de dar el mando de los ejércitos españoles a un general extranjero llevó a la insubordinación del general Ballesteros y a la subsiguiente anulación de su ejército, el de Andalucía, el mejor de los que entonces disponía España.

A finales de 1812, cuando se conoció en España la noticia del fatal desenlace ruso, la situación militar era la siguiente: los ejércitos de Portugal, Mediodía y Centro desplegados en las dos Castillas en un gran abanico que daba frente al oeste y al sur, contaban en su conjunto con unos 95.000 hombres sobre las armas. Dicha fuerza estaba presta a concentrarse y pasar a la ofensiva en cuanto Wellington cruzara la frontera portuguesa. Suchet, al frente de los ejércitos de Aragón y Cataluña, cubría con unos 60.000 hombres el gran triángulo que abarca ambas regiones junto con las provincias levantinas de Castellón y Valencia. Los 45.000 hombres del ejército del Norte ocupaban el enclave estratégico de Navarra, País Vasco, Santander, La Rioja y la provincia de Burgos por donde entraban a España las principales líneas de comunicaciones con París y donde las divisiones de origen guerrillero del 7.º ejército disputaban seriamente su control territorial. El mando de todos aquellos ejércitos correspondía al rey José ayudado en la toma de decisiones por su jefe de estado mayor, el mariscal Jourdan, un hombre inteligente, sensato y con experiencia que, no obstante, había perdido el vigor y el ánimo de su juventud y que no supo responder con firmeza a las dudas e indecisiones del monarca. En cualquier caso, la autoridad del hermano del emperador encontraba importantes resistencias en algunos de los generales subordinados. La estructura de mando de los ejércitos independientes era otro obstáculo para una armoniosa acción de conjunto.

El ejército anglo-portugués de Wellington permanecía en sus cuarteles de invierno en el interior de Portugal, entre el Duero y la sierra de la Estrella, con unos 47.000 hombres sobre las armas y muchos miles en los hospitales.

Cádiz estaba reorganizando sus ejércitos para dejarlos en cuatro de operaciones y dos de reserva: el primer ejército español subsistía en el interior de Cataluña con unos 18.000 combatientes, el segundo –de Alicante y Murcia– en aquellas fechas contaba escasamente con 15.000, aunque iría creciendo en número y alcanzaría en junio junto con las fuerzas anglo-sicilianas los 30.000 hombres, en el 3.º de Andalucía oriental, se encontraban los 24.000 hombres anteriormente de Ballesteros y entonces a las órdenes de del Parque. En el oeste español el 4.º Ejército agrupaba 25.000 combatientes. Las fuerzas guerrilleras de los

diversos ejércitos -en gran parte ya regimentadas- que operaban en el Centro y Norte serían en total unos 40.000 combatientes. En torno a Sevilla estaban estacionados los 14.000 hombres del Ejército de reserva de Andalucía y en los puertos de Galicia tenían guarnición los escasos batallones de la reserva gallega.

Puesto que en la campaña de Vitoria de 1813 solamente intervinieron de forma directa los ejércitos franceses del Mediodía, Portugal, Centro y Norte, el ejército anglo-portugués de Wellington y los ejércitos españoles 4.º y de reserva de Andalucía, neutralizándose los otros entre sí, en este artículo nos limitaremos a relatar las cuestiones relativas a éstos. Por otra parte, el núcleo principal de las fuerzas del ejército de Aragón al mando de Suchet se encontraba al sur de Valencia, muy lejos para poder intervenir oportunamente.

Una vez los ejércitos franceses de vuelta en sus acantonamientos tras la ofensiva de finales de 1812 que había empujado a Wellington de vuelta hasta Ciudad Rodrigo, las prioridades de José eran dos: reabastecer la sitiada plaza de Santoña que estaba al límite de su resistencia y traer de vuelta a Madrid a la comitiva de personalidades que habían permanecido en Valencia durante la gran ofensiva anterior. Para reabastecer la plaza del cantábrico el ejército del Norte tuvo que concentrar una división y media, desguarneciendo la provincia de Burgos y parte del País Vasco. Las fuerzas de Longa y del cura Merino aprovecharon la situación para interceptar entre Vitoria y Palencia la vía de comunicaciones con París y rendir con artillería las guarniciones imperiales de Salinas de Añana y Cubo de Bureba. Las consecuencias de tales acontecimientos fueron aún más graves de lo que pudiera parecer, ya que en esas mismas fechas acababan de llegar a Vitoria las primeras órdenes de Napoleón para la campaña de ese año. Su ejecución, como ya hemos dicho, era urgente. La expedición hacia Valencia tuvo la desafortunada consecuencia de deslizarse hacia el sudeste parte de las fuerzas imperiales, precisamente en un momento en que el Emperador ordenaba que se dirigieran hacia el Norte. La maledicencia del mariscal Soult, que quería desplazar a José en el mando supremo de las fuerzas imperiales en España, hizo que dicha operación se retrasara aún más de lo necesario.

Las primeras directivas de Napoleón en relación con España habían sido dictadas al ministro de la Guerra, el duque de Feltre, el 3 de enero de 1813, pero no llegaron a Madrid hasta el 16 de febrero. Siguió otras tantas órdenes que reiteradas por el ministro con ciertos intervalos eran cada vez más precisas e imperiosas. Las órdenes eran las siguientes: la capital debía ser transferida a Valladolid, ciudad centrada en el

despliegue y más cercana en la ruta de París; en Madrid, y únicamente por razones políticas, debía quedar solamente una pequeña fuerza como extremo de la línea; durante el invierno debían enviarse divisiones de refuerzo del ejército de Portugal al del Norte para combatir allí la insurrección; debían ser enviados de vuelta a Francia 25.000 cuadros de mando y soldados de élite, así como los 4.000 hombres que quedaban de la guardia imperial; había que llevar a cabo una reorganización de las fuerzas que incluía la supresión de dos divisiones del ejército de Portugal; al mismo tiempo, había que mantener una actitud ofensiva hacia la frontera portuguesa para impedir que Gran Bretaña pudiera enviar fuerzas a otros frentes. Por último, el mariscal Soult fue llamado a Francia, al hacerse absolutamente evidente la incompatibilidad de éste con el monarca. Cafarelli también fue sustituido en el mando del ejército del Norte por el enérgico y muy capaz general Clauzel. Según Sarramon, Napoleón había perdido el sentido de la realidad al pensar que, por una parte, se podía atender a todo a la vez y, por otra, al contabilizar casi exclusivamente a las fuerzas británicas en el cómputo del ejército aliado. No obstante, como veremos, el estrepitoso fallo de su plan se debió sobre todo a la débil, fragmentada e indecisa dirección de los ejércitos imperiales durante la campaña, y en ello el Emperador tenía su responsabilidad por haber fomentado, por razones políticas, un estructura de mando tan descentralizada.

Una vez que las órdenes llegaron a la corte en Madrid se hizo evidente la necesidad de enviar a retaguardia –cuanto más cerca de la frontera francesa mejor– a los enfermos y hospitalizados –9.000 en total–, el material militar sobrante, así como las personas comprometidas con el régimen imperial. En cuanto empezaran las operaciones toda aquella masa humana y material sería un serio entorpecimiento. Era igualmente imprescindible crear almacenes de víveres en Valladolid y Burgos para poder atender las necesidades de los ejércitos en la fase de concentración. El plan de campaña diseñado por Jourdan consistía en adelantar toda la caballería del ejército del Mediodía en dirección a Salamanca, de donde se esperaba la ofensiva enemiga, para, a cubierto de la pantalla de caballería, concentrar el resto de la fuerza de los ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal detrás del Duero, entre Toro y Tordesillas, con el ala izquierda en Medina del Campo, tras el río Adaja, a la espera de recibir refuerzos del ejército del Norte. Si tal reunión no se producía, los ejércitos del rey podían replegarse hacia Burgos para facilitar la concentración general de fuerzas. Una vez reunida una masa total superior a los 80.000 hombres, los franceses podrían contar con serias opciones de

éxito. Era pues esencial, al menos la llegada de los más de 20.000 hombres destacados por el ejército de Portugal a las provincias del Norte.

El jefe de estado mayor del rey era un hombre juicioso y, si las medidas se hubieran tomado oportunamente, habrían respondido a la amenaza que planeaba sobre las fuerzas de ocupación. Pero como ya hemos visto, las órdenes llegaron con gran retraso, Soult opuso una gran resistencia en su ejecución y las fuerzas se habían extendido en sentido contrario. Además el monarca tardó en decidirse a abandonar Madrid –lo que suponía para él un fracaso político muy grave– y las administraciones de los ejércitos, especialmente la del del Mediodía, se opusieron a constituir almacenes generales de víveres. A ello hay que añadir que, por una parte, el territorio se encontraba devastado tras tantos años de guerra y los recursos eran muy escasos y, por otra, que las fuerzas guerrilleras disputaban a los ocupantes dichos recursos, haciendo del acopio de víveres verdaderas operaciones militares. La retirada a retaguardia de enfermos, material y españoles comprometidos daba una señal tan inequívoca de una próxima retirada, que el rey se resistió a tomarla por miedo a perder los pocos apoyos que todavía le quedaban.

En lo relativo a los refuerzos enviados al norte, las tres primeras divisiones del ejército de Portugal llegaron a Burgos entre el 19 de marzo y el 10 de abril. Posteriormente llegaría una cuarta el 23 de aquel mes. Con dos de ellas y otras dos propias, el general Clauzel, jefe del ejército del Norte, se lanzó en persecución de Espoz y Mina por Navarra y el Este de Aragón. Las otras dos, unidas a la pequeña división italiana de Palombini, todas ellas al mando del general Foy, sitiaron Castro Urdiales que cayó trágicamente en la noche del 11 de mayo. Después de aquello la división Sarrut se dirigió contra Longa en el valle del Nela, al norte del Ebro entre las provincias de Álava y Burgos, y Foy continuó combatiendo a las fuerzas vascas por Vizcaya y Guipúzcoa. Tras el paso por Burgos de las divisiones del ejército de Portugal, las fuerzas insurrectas volvieron a interrumpir el paso por la carretera de Francia ente Vitoria y Valladolid, el rey José tuvo entonces que enviar allí otra división y media. En su conjunto las bajas de las operaciones que habían enfrentado a españoles y franceses desde el final de la ofensiva del año anterior se elevaban al menos a 5.000 combatientes, otra nueva sangría cuando las fuerzas estaban sobre extendidas y al límite de sus posibilidades.

Esta era la situación general en mayo cuando Wellington decidió por fin pasar a la ofensiva: los tres ejércitos desplegados frente a la embestida aliada sumaban algo menos de 60.000 combatientes, sobre el camino real entre Valladolid y Vitoria 9.000 y en el territorio del Ejér-

cito del Norte algo más de 45.000. En total sobre el gran eje por el que discurriría la campaña de aquel año había unos 115.000 combatientes imperiales. El general Gazan estaba al frente del ejército del Mediodía, el general Reille del de Portugal y Drouet d'Erlon del del Centro. Reille, al norte del Duero, contaba con una numerosa caballería pero su infantería estaba toda ella a retaguardia y se le había agregado temporalmente una división del ejército del Centro. El ejército del Mediodía estaba extendido entre Zamora, Salamanca, Ávila y Madrid. Su punto débil era el repliegue desde Madrid, teniendo que atravesar la sierra de Guadarrama. El ejército del Centro, entre Segovia y Valladolid, debía esperar la llegada de Villate desde Madrid, antes de acudir a su lugar de concentración. El ejército del Norte, junto con los refuerzos recibidos, estaba en plenas operaciones y en posiciones muy retiradas hacia el noreste.

Las operaciones dirigidas por el lord inglés para concentrar su ejército al norte del Duero llevaban preparándose desde hacía meses. Su ejército se había reforzado considerablemente. La fuerza anglo-portuguesa contaba con 9 divisiones de infantería, 2 brigadas portuguesas independientes, 8 brigadas de caballería, 90 piezas de artillería de campaña, un importante tren de sitio y un buen parque de puentes capaz de lanzar doscientos metros totales de plataforma. La fuerza totalizaba unos 80.000 combatientes de todas las armas. A su izquierda tenía los 16.000 hombres de las fuerzas gallegas dirigidas por el general Girón, a su derecha los 4.000 hombres de la división española de Morillo, más al sur y bastante lejos, el ejército de reserva de Andalucía con los 14.000 combatientes del conde de La Bisbal desprovisto de toda logística y, por tanto, incapaces de acudir a tiempo a su cita, y frente a él y en contacto con las vanguardias franceses los 1.200 lanceros del Charro y los escasos infantes de Carlos de España. Sin contar con los andaluces, ni los 4.000 españoles que debían quedarse atrás cubriendo Salamanca y Ciudad Rodrigo, se trataba pues de una fuerza de unos 100.000 hombres en las bases de partida.

El 25 de abril Napoleón llegó a Erfurt y lanzó sus tropas hacia adelante en su asombrosa ofensiva de primavera de 1813. Había llegado el momento de cruzar la frontera portuguesa e iniciar el avance aliado en la Península. No obstante, el retraso de las lluvias –esenciales para el reverdecimiento de los campos y el sostenimiento de la caballería– y algunos problemas con el parque de puentes retrasaron el desencadenamiento de la esperada ofensiva de Wellington. Las órdenes de marcha se enviaron el día 13 de mayo y a partir de ese momento se puso en marcha el gran

movimiento del ala izquierda para cruzar el Duero y marchar hacia la línea de concentración Braganza-Miranda de Duero. Hasta aquellas fechas nadie, con excepción del mismo general en jefe, conocía el conjunto del plan. El 21 de mayo se inició el avance del ala derecha tanto desde la provincia de Cáceres como desde Portugal.

Aquel día los franceses habían empezado a recibir noticias significativas sobre el desencadenamiento de la esperada ofensiva aliada, pero en vez de reaccionar inmediatamente permanecieron a la espera de confirmar la información. La única medida que se tomó fue la de concentrar en torno a Madrid las tropas que estaban al sur de la sierra de Guadarrama.

El 26 de mayo Wellington entró en Salamanca habiendo expulsado de allí a la división Villate. En aquella ciudad se enteró de que los franceses seguían desplegados en sus posiciones dispersas y que, por tanto, había conseguido ocultarles hasta el último momento el inicio de su ofensiva. Graham había concentrado ya a la mayor parte de su fuerza junto a la frontera, a las puertas de la provincia de Zamora; solo quedaban por llegar la 4.^a división y una brigada de caballería. Las operaciones no podían ir mejor, lo conseguido hasta aquel momento era todo un logro de planificación y organización militar. Por el contrario, en Valladolid la situación no podía ser más desesperada, el cuartel general del rey ya se había dado cuenta del peligro que se avecinaba y ordenó el día 27 una concentración urgente de todas sus fuerzas hacia Valladolid. Durante siete días el ejército imperial estaría a expensas de su oponente corriendo el peligro de ser destruido por partes.

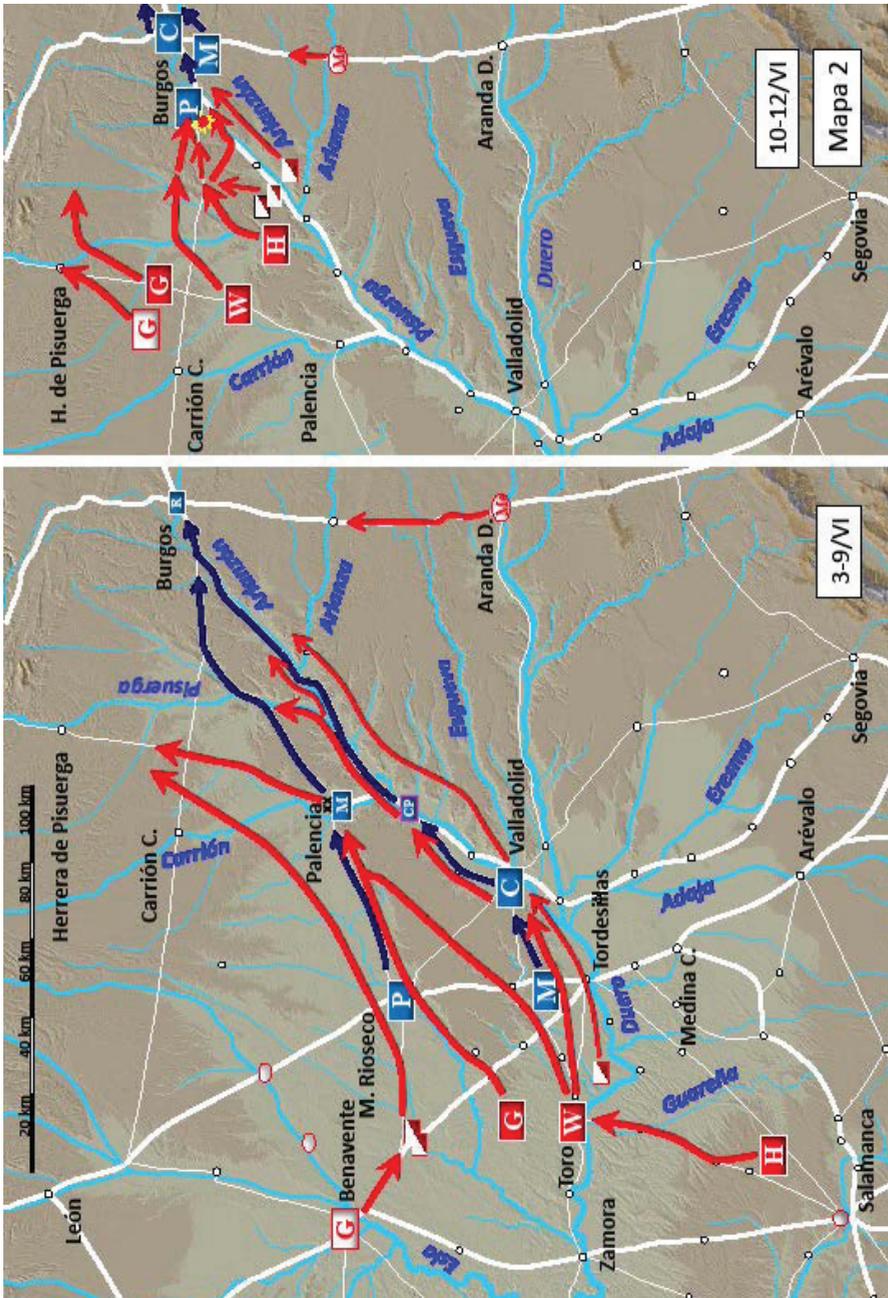
El ala derecha aliada tomó posiciones al noreste de Salamanca y permaneció allí inmóvil hasta el 1 de junio. Para justificar la parsimonia con que el lord actuó desde su llegada a Salamanca y el hecho de que desaprovechara la oportunidad de destruir a su enemigo antes de que se concentrara, los historiadores británicos afirman piadosamente que éste desconocía que más de un tercio de la infantería francesa se había desplazado hacia los Pirineos. Sin embargo, tal volumen de movimientos era imposible de ocultar y de hecho había sido proclamado por la propia prensa patriótica. La explicación debe buscarse en que una vez que había decidido mantenerse fiel a su plan inicial, resultaba muy peligroso desviarse de él hasta la reunión de su fuerza al norte del Duero. Una vez allí, Wellington tampoco podía descartar una reacción ofensiva del rey lo que, conforme a su estilo, le hizo maniobrar con la acostumbrada prudencia.

Una vez consolidado el movimiento de su ala derecha, Wellington en persona galopó hasta Miranda de Duero, donde cruzó el Duero, uniéndose el 30 de mayo al ala izquierda que, habiendo cruzado la frontera el día 27, en aquella fecha ya se había concentrado detrás del Esla. Girón, con su vanguardia en Astorga y el grueso en el valle del Bierzo se puso en marcha aquel mismo día. El ejército de reserva de Andalucía acababa de alcanzar el Tajo.

Sin ser molestadas por los aliados, las divisiones francesas de Villate y Conroux junto con la caballería del ejército del Mediodía formaron una débil línea de cobertura al oeste de Medina del Campo, mientras Casagne esperaba en Segovia a Leval y Casapalacios cubría el camino real de Valladolid. Madrid no fue definitivamente evacuada hasta el 28. El 30 de mayo las fuerzas que habían abandonado la capital ya estaban en Segovia, a tres jornadas de marcha de Valladolid. Todo el material, los enfermos y españoles comprometidos se encontraban todavía con la columna de evacuación o en Valladolid. Como la reunión de las fuerzas imperiales todavía no se había consumado, se tuvieron que organizar potentes escoltas, detrayendo algunas fuerzas del grueso, para ir encaminando todo hacia Vitoria. Clauzel no fue avisado de la situación hasta el día 27 de mayo y el 30 se le ordenó que acudiera a reunirse con las fuerzas del rey. Sin embargo, dichos despachos no alcanzaron al jefe del ejército del Norte en Pamplona hasta el 13 de junio. Hasta tal punto las fuerzas españolas de retaguardia seguían controlando el territorio titularmente ocupado, y en esa medida resultaron éstas determinantes al dificultar y retardar las comunicaciones en un momento en que la concentración de las fuerzas en tiempo y lugar oportunos era el factor operativo clave.

El Esla fue cruzado por las tropas anglo-portuguesas el 31 de mayo marchando después con precaución en dirección a Zamora y Toro. Por el contrario, Reille y Darricau maniobraron con maestría –especialmente el primero– para, primero, obtener información y, después, retardar el avance adversario, dando tiempo a que el resto de las fuerzas imperiales cruzaran el Duero.

Por fin el 2 de junio por la noche la concentración de todas las fuerzas imperiales al norte del Duero se había completado. El rey podía respirar. Como solamente contaba con unos 55.000 hombres en línea, estando el resto disperso a retaguardia, decidió retirarse hasta Burgos. 3.000 hombres habían partido en aquella dirección escoltando convoyes, los 9.000 hombres de Maucune y Lamartiniere estaban entre Palencia y Briviesca, los otros 15.000 infantes del ejército de Portugal seguían más



Marcha a Burgos

a retaguardia en Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra. A Clauzel, que además del refuerzo contaba con unos 33.000 hombres de su propio ejército, se le ordenó que enviara de vuelta a Burgos las divisiones del ejército de Portugal y que acudiera él mismo con las tropas que pudiera del suyo. El 3 de junio los tres ejércitos de Portugal, Mediodía y del Centro concentraron sus posiciones hacia retaguardia y el 4, con las reservas de víveres muy justas, iniciaron su repliegue a Burgos apremiados en todo momento por los problemas logísticos en una región completamente esquilma-da por las sucesivas idas y venidas de los ejércitos.

Jourdan había propuesto que la retirada se hiciera hacia Aranda de Duero y Soria con la intención de amenazar el flanco de Wellington si éste avanzaba hacia Burgos y favorecer la concentración de un gran ejército, reuniendo refuerzos de los ejércitos del Norte e incluso de Aragón. Dicha opción fue descartada porque suponía desguarnecer la carretera de Francia –algo que era contrario a las instrucciones de Napoleón– y porque en aquella dirección los caminos no eran adecuados para el desplazamiento de un ejército tan grande.

Volviendo de nuevo al ejército aliado, su ala derecha inició el movimiento de convergencia con el resto del ejército el 2 de junio, una vez que aquel alcanzó Toro, lugar por donde el Duero fue cruzado. Dos días después Wellington avanzó con intención de abordar la línea imperial, pero se encontró con que su enemigo la había abandonado el día anterior. El conjunto de la fuerza aliada se estructuró en cinco columnas paralelas –cuatro de ellas compuestas por caballería e infantería y una de flanqueo compuesta únicamente por caballería– que mantendría con pequeñas modificaciones hasta el día de la batalla de Vitoria. Los lanceros de Castilla, que constituían el ala derecha, quedaron separados del resto de las columnas por los ríos Pisuerga y Arlanzón.

Los imperiales alcanzaron las posiciones sucesivas del Carrión y el Pisuerga las noches del 4 y del 7 y, sin poder detenerse por las razones logísticas ya citadas, se replegaron a una posición dispersa delante de Burgos el día 9. Sin presionar apenas a los ejércitos franceses, los aliados avanzaron tras sus huellas con el ala izquierda de Girón bastante destacada hacia el norte, lo que amenazaba en todo momento desbordar las posiciones que José pudiera ocupar. No obstante, el 9 de junio, al alcanzar el Pisuerga con su vanguardia y Palencia con la cola de las columnas, Wellington dio un cambio brusco de dirección a sus tropas dirigiéndolas hacia el norte por la carretera que desde Palencia toma la ruta de Santander. En dos días Wellington había desplegado sus divisiones en disposición de enlazar con dicho

puerto y replegarse en aquella dirección si la situación lo requería. La parte más sensible de su proyectada maniobra ya estaba superada.

A partir de entonces el objetivo del general en jefe aliado era cruzar el Ebro y desbordar con ello a distancia toda línea de resistencia enemiga al sur de dicho río. Si el enemigo le atacaba sería en un terreno montañoso e intrincado donde podía encontrar magníficas posiciones defensivas. En cuanto su ala derecha ocupara Bilbao, el puerto de Santander quedaría a cubierto y podría empezar a ser utilizado como base logística.

El día 12 de junio concentró solamente una parte de sus fuerzas y avanzó contra el ejército de Portugal desplegado detrás del río Hormaza y separado del resto de las fuerzas por unos ríos muy crecidos por las persistentes lluvias de los días anteriores. La finalidad de dicho ataque parcial fue probablemente la de ocultar su intención de hacer una amplia maniobra de envolvimiento, ya que con ello obligaba a su enemigo a concentrarse y recoger su caballería.

El día 11, desde el cuartel general en Melgar de Fernamental, el general Álava había enviado un pequeño destacamento a Longa, en el valle del Nela, al norte del Ebro, por donde habían de pasar las columnas de Wellington. A Longa se le pidió que enviara oficiales que pudieran informar sobre los caminos y la transitabilidad de aquella escarpada región. El gran problema a resolver era precisamente el de encontrar las rutas adecuadas para hacer pasar un ejército tan voluminoso por un terreno tan poco apto. La única ruta verdaderamente adecuada era la que llevaba a Reinosa. Pero estaba demasiado alejada hacia el oeste y los franceses podían igualmente cruzar el Ebro por Frías y Puentelarrá, ocupar el valle del Nela, y cerrarle el acceso a Bilbao. Se trataba pues de alcanzar la Merindades antes que los franceses.

Sin noticias de Clauzel, al llegar a Burgos los imperiales se habían planteado de nuevo el dilema estratégico de la línea de acción a tomar. Reille proponía retirarse hacia La Rioja para favorecer la reunión con el refuerzo del ejército del Norte, o incluso con algunas tropas del ejército de Aragón, y amenazar de flanco al ejército aliado si éste avanzaba por la gran ruta. El rey, no obstante, consideraba que no podía perder la línea de comunicaciones con Francia, algo que su hermano jamás hubiera aprobado y que al hacerlo exponía el material, los heridos y enfermos y la gran masa de españoles afines que se había retirado a Vitoria. Por otra parte, Jourdan había señalado el riesgo de una maniobra envolvente del grueso de las fuerzas enemigas por el alto Ebro. Ésta fue desechada por las malas comunicaciones de aquella región. Tampoco se envió hacia

allí una fuerza de vigilancia ya que, al estar la región ocupada por la división de Longa, solo podía emplearse en aquella misión una fuerza de entidad brigada reforzada, y esto resultaba inoportuno en un momento en que el enemigo podía aparecer en masa. Al final prevaleció la única decisión que entonces se podía tomar y que hacía depender todo de la llegada de los tan esperados refuerzos de las divisiones a las órdenes de Clauzel. En la noche del 9 de junio se envió pues la orden apremiante al jefe del ejército del Norte para que se uniera al rey en Pancorbo con todas las fuerzas que pudiera.

Tras el combate del río Hormaza en la noche del 12 de junio los ejércitos del rey José iniciaron su repliegue hacia La Bureba, delante del desfiladero de Pancorbo, donde se dispersaron para poder reunir víveres a la espera de concentrarse en cuanto atacara Wellington. La posición, apoyada en una línea de sierras con escasísimos pasos y con el Ebro a retaguardia, era formidable desde el punto de vista defensivo y presentaba además la ventaja de tener al frente una amplísima llanura donde explotar la superioridad en caballería.

Detrás de los imperiales avanzó únicamente el ala derecha de Wellington, los lanceros de don Julián Sánchez que, llevando al Cura Merino a su derecha —el cual se había unido al ejército aliado viniendo desde Aranda de Duero—, constituyó una pantalla de caballería que ocultó durante dos días —aquellos en que las columnas de Wellington eran más vulnerables a un ataque enemigo— los movimientos del resto del ejército.

Las cuatro columnas aliadas principales marcharon hacia el noreste para cruzar el Ebro por tres puntos de paso diferentes, alcanzando dicho río en la tarde del 14 de junio. Al día siguiente, mientras la mayor parte de la fuerza ya había cruzado el Ebro o estaba a punto de hacerlo, la caballería francesa envió unos reconocimientos hacia delante y descubrió la maniobra de Wellington. El alto mando imperial llegó a la conclusión de que las columnas aliadas se dirigían hacia Bilbao para seguir desbordando las posiciones francesas. Ordenó pues al ejército de Portugal que se adelantara en aquella dirección y a los otros dos que se retiraran a la Llanada alavesa. La división Foy debía dirigirse también a Bilbao en apoyo de Reille mientras que a Clauzel se le informó por varios medios del nuevo lugar de concentración junto a Vitoria. Tras la concentración de todas las divisiones disponibles, la masa de maniobra iniciaría la ofensiva contra las fuerzas aliadas. Los franceses no tenían otra alternativa, ya que una vez reunidas sus divisiones, éstas no podrían permanecer reunidas mucho tiempo por la falta más absoluta de recursos para su sostenimiento.

Aquel mismo día 15 Clauzel había dado las órdenes para poner en marcha las cuatro divisiones que estaban con él en Navarra. Aunque había serios rumores acerca del avance aliado, no había sido hasta el 11 cuando recibió el primer mensaje del rey comunicándole el inicio de la ofensiva enemiga y según Sarramon⁴ parece ser que fue el 13 cuando llegó la orden de que acudiera a reunirse con el resto de la fuerza bajo las órdenes del rey. Esta cuestión resultó ser determinante y cada día perdido crucial, ya que Clauzel llegaría a la Llanada alavesa con un refuerzo de 13.000 hombres al día siguiente de la batalla y durante ésta los franceses agotaron sus reservas, encontrándose en una desventaja numérica muy acusada.

Los pliegos enviados por el rey al jefe del ejército del Norte llegaron con demasiado retraso o no llegaron por la acumulación de una serie de circunstancias: en primer lugar, como consecuencia de la ubicuidad de las fuerzas guerrilleras en toda aquella región, los mensajes no podían ser enviados si no iban acompañados por una numerosa escolta; además, los correos iban renovándola de tramo en tramo según la disponibilidad de fuerzas en cada nueva guarnición, lo que producía pérdidas de tiempo; por otra parte, al realizarse el recorrido siguiendo las etapas de la línea de comunicaciones, los mensajes tuvieron que recorrer un itinerario más largo que pasaba por Tolosa; igualmente, en una coyuntura en que el futuro de la presencia francesa en territorio español se vislumbraba precario, las órdenes enviadas por medio de paisanos ofrecían muy pocas garantías de alcanzar su destino. La falta de medidas previas de preparación de las operaciones enviando a retaguardia material, enfermos y españoles comprometidos con el régimen imperial, produjo un enorme desorden y obligó a tomar muchas medidas a la vez, lo que impidió dedicar la atención y las fuerzas necesarias para organizar adecuadamente una cuestión mucho más compleja de lo que inicialmente pudiera parecer; a todo ello hay que sumar que aunque el cuartel general del ejército del Norte tenía su sede en Vitoria, Clauzel se encontraba temporalmente en Pamplona, en el lugar más lejano dentro de su zona de acción en relación a la dirección por la que venía Wellington.

En cualquier caso aquellas eran órdenes escritas hacía bastantes días que describían una situación muy distinta de la de aquel momento y el jefe del ejército del Norte no tenía una imagen clara ni de lo que estaba ocurriendo, ni de la cercanía inmediata del ejército aliado. Tampoco

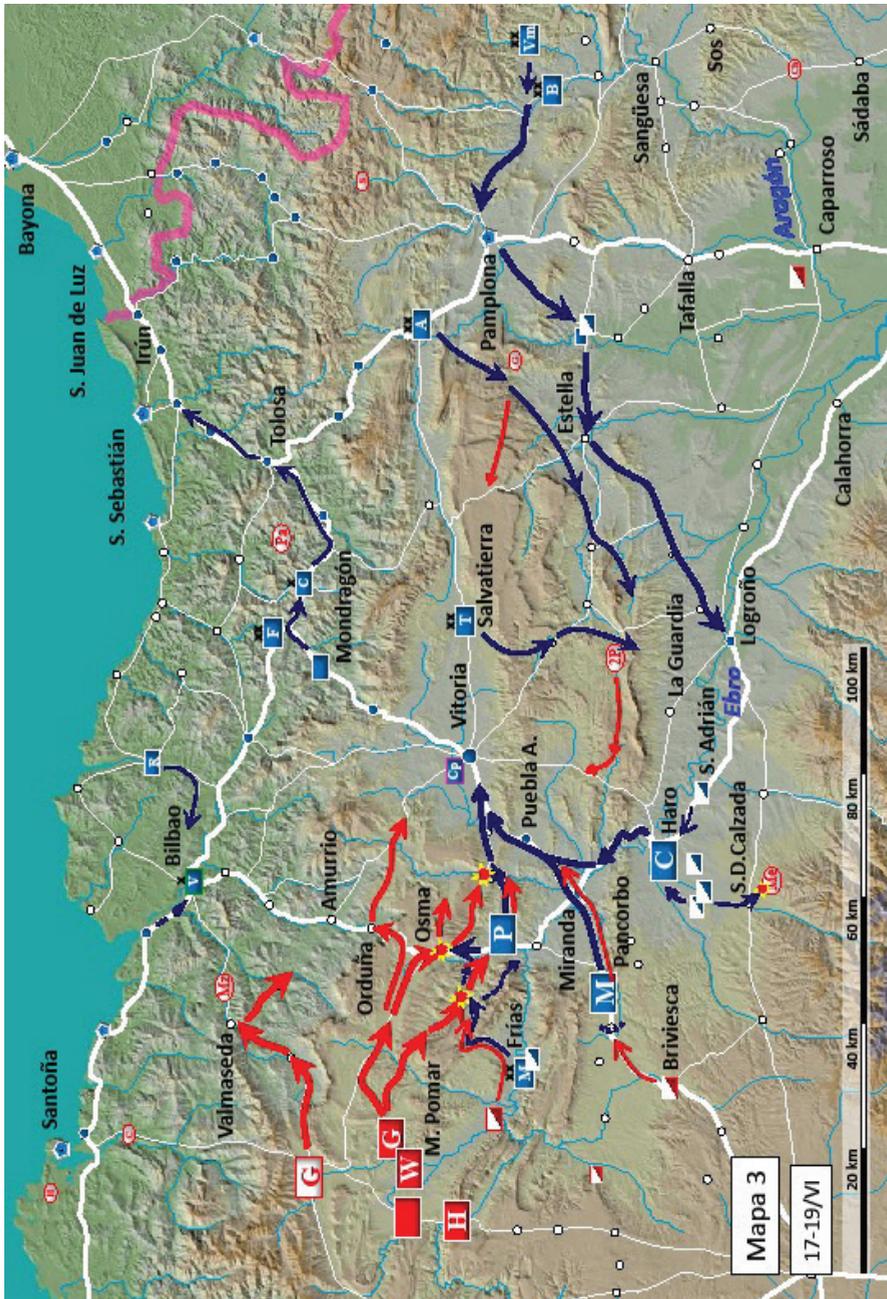
⁴ SARRAMON, Jean: *La bataille de Vitoria, la fin de l'aventure napoléonienne*. J.C. Bailly Editeur, París 1985, pág. 378.

podía imaginar que todo hubiera transcurrido tan deprisa. De hecho, como ya se ha indicado, el año anterior él mismo había retardado el avance de Wellington durante 11 días en el recorrido desde Valladolid a Burgos, ¿cómo podía imaginar que Wellington, que avanzaba siempre con tanta prudencia y que se encontraba en Salamanca el 28 de mayo, estuviera dieciocho días después al otro lado del Ebro? y, si la situación era tan urgente, ¿por qué se le había informado tan tarde y por qué no se había hecho llegar la información y las órdenes por un medio más rápido y seguro?

Los indicios que tenía pues Clauzel de lo que estaba ocurriendo no guardaban proporción con la realidad y eso es lo que probablemente le incitara a actuar de una manera que, a toro pasado, parece completamente inadecuada. Teniendo en cuenta la extraordinaria valía militar del general francés y la gravedad de la situación no cabe pensar que aquel actuara por insolidaridad y egoísmo personal. Napoleón otorgaba gran valor estratégico a Navarra, una provincia que lindaba con Francia, que quería anexionar a su territorio y donde la insurrección había obtenido enormes éxitos. Por otra parte, Clauzel no podía abandonar el territorio de su mando sin organizar adecuadamente las escasas fuerzas que dejaba a retaguardia, ni podía marchar hacia delante hasta estar seguro del momento oportuno, ya que de lo contrario perdería en unos días todo lo conseguido con enorme esfuerzo y significativas bajas francesas –unas 2.000– en dos meses de lucha enconada contra Espoz y Mina. De hecho, era la primera vez en año y medio que las fuerzas imperiales retomaban el control territorial de aquel reino, el secretario de Mina se había entregado y la artillería enterrada había sido encontrada.

Pues bien, aquel 15 de junio las fuerzas de ambos bandos se encontraban inmersas en la niebla de la batalla con un conocimiento muy vago de la posición de su oponente y sin tener tampoco una idea clara de sus intenciones. No obstante, mientras los aliados contaban con la ventaja de la red de información y enlace implantada por las fuerzas guerrilleras en la región –y que en aquellas fechas estaba bien organizada e imbricada en los municipios locales–, los imperiales padecían el problema añadido de estar mal enlazados entre si y desconocer unos la localización de los otros.

Por aquellas fechas el general inglés ya había sido informado de las victorias que Napoleón había obtenido frente a prusianos y rusos en Lutzen y Bautzen los días 2 y 21 de mayo, así como de las negociaciones para un armisticio. Esto cambió el panorama estratégico general ya que era previsible que pronto el Emperador de los franceses estuviera en



Antes de la batalla

condiciones de enviar refuerzos desde Alemania a España. En consecuencia, para Wellington sería preferible buscar una batalla mientras se encontraba en condiciones de superioridad sobre su enemigo que esperar a que cambiaran las tornas. Para el rey José, sin embargo, esas noticias resultaban esperanzadoras y contribuyeron en cierta medida a mejorar la moral de los franceses.

El día 16 el ejército aliado, habiendo integrado en sus fuerzas a la división Longa, continuó pues con su marcha para reunir las cuatro columnas en el valle del Nela en torno a Medina de Pomar. Allí el general inglés esperaba estar en condiciones de plantar cara si era atacado. Sin embargo, al día siguiente, al ver que su oponente no se dirigía contra él y que ya tenía sus propias divisiones reunidas al norte del Ebro, continuó con su avance. La columna de Girón por Valmaseda se dirigió hacia Bilbao y las otras tres, siguiendo dos itinerarios paralelos por un terreno bastante accidentado, progresaron hacia el este con el fin de alcanzar en dos días la carretera Pancorbo-Bilbao en Orduña y el valle del río Omecillo.

Fue entonces el día 18 cuando las columnas aliadas se toparon inesperadamente con las tropas del ejército imperial de Portugal que por el mismo valle del Omecillo se dirigía a Bilbao. Se produjeron unos combates en San Millán de San Zadornil y Osma donde la División Maucune resultó bastante mal parada y donde Reille demostró de nuevo sus grandes dotes militares, conteniendo a su adversario y replegándose con gran orden mientras protegía el movimiento de los otros dos ejércitos hacia la Llanada alavesa. Aquella noche Wellington cambió la dirección de marcha de la columna de Girón y decidió concentrar todas sus divisiones en dirección a la Llanada alavesa, dando un claro signo de que a partir de entonces buscaba una batalla o, si los franceses no la aceptaban, al menos esperaba expulsar decididamente a los ocupantes hacia la frontera francesa. No obstante, no aprovechó la situación comprometida en que se encontraban los ejércitos imperiales en su apresurada retirada hacia Vitoria y prefirió esperar a que sus colas de columna, que se encontraban muy estiradas, alcanzaran a las vanguardias.

El 20 de junio los ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal estaban ya reunidos y a salvo delante de la ciudad de Vitoria. El ejército del Norte había alcanzado Logroño y Laguardia sin encontrar noticia alguna de las tropas del rey que un día antes habían abandonado Haro y Miranda de Ebro, a escasa distancia del lugar donde se encontraba la vanguardia de Clauzel. Éste, sorprendido de no encontrar allí instrucciones y sin saber que el rey se dirigía a la Llanada alavesa, se detuvo a dos jornadas de

marcha del lugar de concentración y optó por reunir allí sus divisiones. Así pues las dos fuerzas francesas –la principal y la de refuerzo– habían marchado en paralelo y en direcciones opuestas, alejándose una de la otra en vez de acercarse. Entre ambas se habían deslizado tanto los dos batallones alaveses de Mina a las órdenes de Sebastián Fernández, Dos Pelos, como los dos regimientos montados de Don Julián que marchaban detrás de las tropas de José. Dicho conglomerado de fuerzas ligeras españolas, procedentes de direcciones opuestas, constituyó una pantalla que aisló un contingente imperial del otro, impidiendo todo enlace ente ellos en un momento clave de las operaciones.

El general Foy, con su división y las fuerzas sedentarias de Vizcaya y Guipuzcoa, se encontraba muy disperso cubriendo la retirada de las tropas de guarnición en Bilbao y alrededores y protegiendo la línea de comunicaciones con Francia. Dicho general había recibido también la orden de acudir a Vitoria con su división, pero dicha orden fue ambigua y estaba condicionada por la necesidad de cubrir la retirada de las fuerzas desplegadas en Vizcaya. Pues bien, de aquel conjunto de unos 15.000 combatientes ninguna unidad fue enviada a reforzar las tropas de José. Las tropas vascas de Mendizábal y Jauregui, así como el movimiento inicial de Girón hacia Bilbao consiguieron retener otro importante contingente de tropas ocupantes.

Por otra parte, el marsical Jourdan se sintió aquel día 20 indispuerto y tuvo que guardar cama. El rey suponía que Wellington no le atacaría sino que continuaría con su maniobra de desbordamiento como había hecho desde la salida de Portugal. Por ello mantuvo sus fuerzas en un despliegue de espera mientras confiaba en la llegada de Clauzel que debía aparecer de un momento a otro. Preso de un estado de ansiedad e incertidumbre y falto del apoyo de su jefe de estado mayor, el monarca quedó paralizado. No se tomó ninguna medida importante de cara a un posible encuentro armado. La única acción significativa de aquella jornada previa a la batalla de Vitoria fue el envío de la brigada Menne acompañada de alguna caballería por la carretera que desde Vitoria se dirigía a Bilbao por Murguía y Amurrio. Por allí, a la altura de Letona, había aparecido la división de Longa y era necesario reconocer la entidad de la fuerza que venía por aquella dirección. Tras un intercambio de disparos y algunos forcejeos entre ambas fuerzas, los franceses, convencidos de que se trataba únicamente de una fuerza de flanco, se retiraron al río Zadorra.

Durante la noche se tomaron, no obstante, dos medidas: por una parte, la pequeña división josefina de Casapalacio fue enviada a Du-

rana para cubrir el puente que daba acceso a la carretera de Francia a retaguardia de Vitoria; por la otra, la división Maucune salió de dicha ciudad escoltando un enorme convoy de españoles comprometidos y del fruto de la rapiña, así como alguna artillería pesada, que se enviaba a Francia. Sin embargo, una parte importante de los carruajes y carretas que transportaban tanto material como personas seguía junto a la ciudad, lastrando gravemente al ejército en caso de continuar el repliegue o verse obligado a una retirada. Los almacenes de víveres de la ciudad estaban también exhaustos, lo que ponía igualmente al ejército en la tesitura de tener que ponerse pronto en marcha.

La partida de la división Maucune supuso una reducción sensible de las fuerzas de que disponía el rey, a la cual había que añadir igualmente otra fuerza de unos 3.000 hombres mandada por el general Emmanuel Rey, comandante militar de la ciudad de Burgos, y que escoltaba un convoy de evacuación que había salido de Vitoria dos días antes. Así pues en la Llanada alavesa los franceses disponían en total de unos 63.000 combatientes de todas las armas, con 48.000 infantes, 10.500 jinetes y 140 cañones. En las cercanías, tanto al norte como al sur de aquel lugar, los imperiales disponían de más de 30.000 combatientes, sin contar con los 15.000 que guarnecían Pamplona, Santoña, Pancorbo, San Sebastián y otros lugares de la demarcación del ejército del Norte.

Frente al ejército imperial del monarca intruso concentrado delante de Vitoria, Wellington contaba con una fuerza desplegada en abanico detrás de las sierras que bordean la Llanada al oeste y noroeste con una pequeña fuerza de cobertura al sur. En total 80.000 hombres de todas las armas –36.000 británicos, 27.000 portugueses, 5.000 alemanes y 12.000 españoles– con 68.000 infantes, 8.500 jinetes y 96 cañones. A retaguardia y cubriendo la línea de comunicaciones por la que todavía seguían llegando las columnas logísticas y los trenes de sitio y puentes había quedado una potente división con dos escuadrones de caballería, otros 7.500 combatientes. Detrás del ala derecha marchaba hacia la Llanada alavesa la fuerza de 15.000 hombres de Girón, cuya cabeza de columna se encontraba al anochecer del 20 en Orduña. En su posición de espera previa a la batalla el lord contaba con una prerrogativa muy valiosa para él: la ocultación de su despliegue tras una pantalla montañosa impenetrable a la observación del enemigo. Al pasar al ataque contaría pues con la ventaja de la sorpresa que se sumaría a la amplia superioridad numérica.

Una de las características de la batalla de Vitoria sería precisamente la desproporción de fuerzas favorable a Wellington de 80.000 frente

a 63.000, siendo los franceses muy superiores en artillería y caballería. Esta última ventaja solo hubiera sido aprovechable si el ejército imperial hubiera tomado la iniciativa en la elección del terreno y hubiera estado al mando de un jefe capaz. Conviene, no obstante, destacar que en las cifras dadas están incluidos artilleros e ingenieros, algo que en muchos casos no se hace. Como en el caso francés la fuerza total era la resultante de la reunión de tres ejércitos, dichas armas estaban en una proporción mayor de lo normal y por tanto en un número que podía ser superior a lo que pudiera ser utilizado. Así pues, comparando la presencia de infantería en ambos bandos podemos ver que los números son más desiguales 68.000 aliados frente a 48.000 imperiales.

En lo relativo a la asimetría de tropas favorable a los aliados, las fuerzas españolas de origen guerrillero del Norte, vascas, navarras y castellanas habían tenido una contribución importantísima al impedir que una fuerza militar imperial en su totalidad numéricamente superior a la de Wellington, quedara en el momento decisivo reducida a una fracción insuficiente para medirse en condiciones favorables a su oponente. El propio Espoz y Mina afirmó que:

“a costa de un duro padecer llenábamos el grande objetivo del momento, que era el de entretener al ejército de Clauzel para que no pudiera reunirse con el rey José y poner en duda la suerte de las armas aliadas. Acaso influyeron más de lo que a primera vista aparece las maniobras de la división Navarra al éxito feliz que se preparaba en Vitoria ...”⁵

Además, al estudiar los sucesos militares del gran choque armado del 21 de junio deben tenerse en cuenta todas las tropas tanto aliadas como francesas situadas en el entorno cercano ya que, al estar en condiciones de participar en la batalla que se avecinaba según se desarrollaran los acontecimientos, influyeron en las decisiones de los generales en jefe y determinaron el escenario operativo.

Por otra parte, una distinta gestión de las operaciones bajo las órdenes de los comandantes de los ejércitos hubiera podido reunir para la batalla un número muy distinto de fuerzas por ambas partes. En dicho sentido hay que decir que el alto mando imperial tanto en la Península como en París cometió errores muy graves: el rey por esperar en el inicio de la campaña hasta el último momento antes de actuar, no convocar

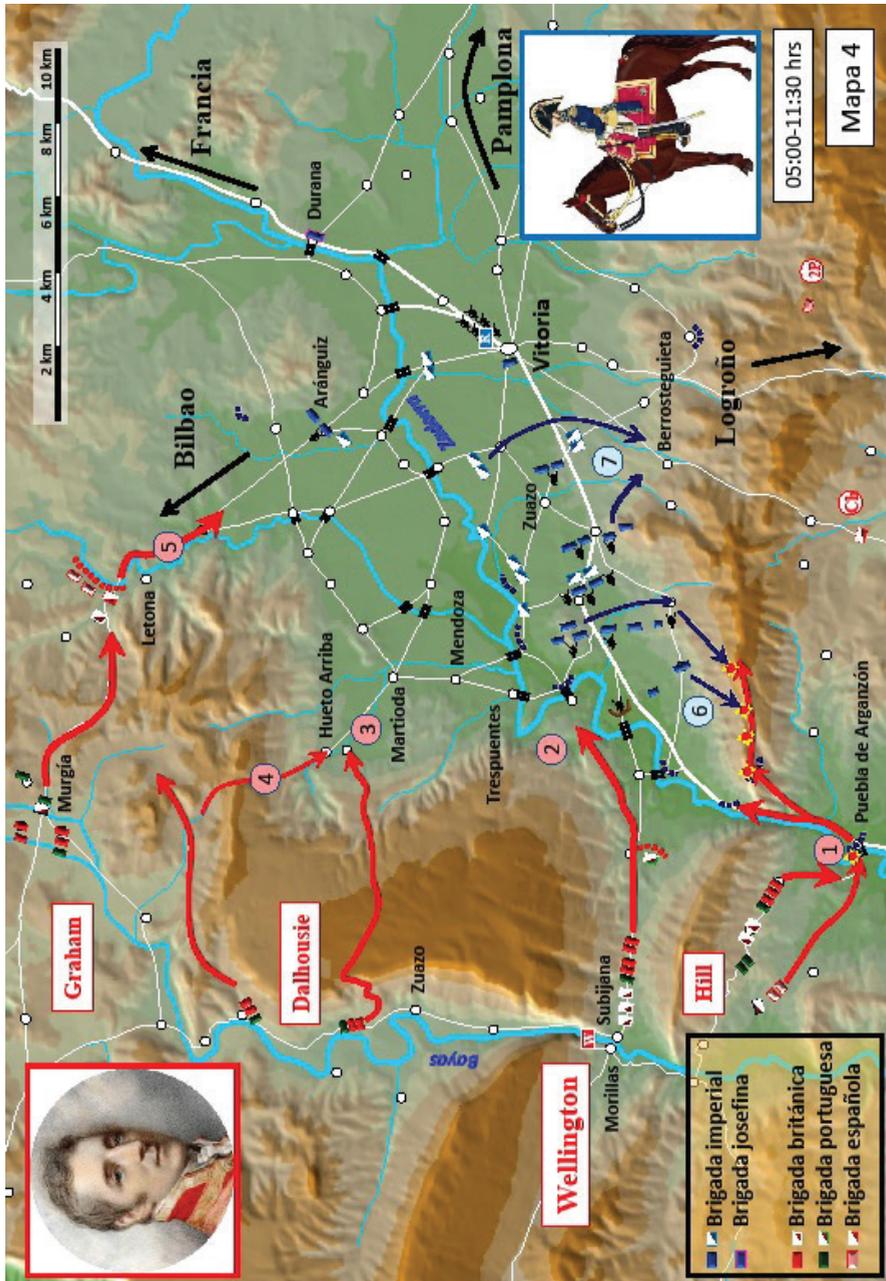
⁵ ESPOZ Y MINA, Francisco: *Memorias del general Francisco Espoz y Mina*, t. II, Madrid 1851-1852, Imprenta Rivadeneyra. Citado por Emilio Larreina en *La Batalla de Vitoria 1813, el fin de la aventura*, Madrid 2009, Almena, pág. 31.

inmediata e inequívocamente a Clauzel y no organizar adecuadamente el envío de las órdenes; el Emperador y su ministro de la Guerra por querer dirigir la guerra desde tan lejos y por minar con su actitud y decisiones la autoridad de José. No obstante, dichos errores se debieron en gran medida a los dilemas políticos y estratégicos, anteriormente citados, que se contraponían a las cuestiones de carácter puramente militar. También influyó la falta de carácter y de experiencia militar del rey, de cuya inteligencia, sin embargo, no se puede dudar. Otro factor determinante fue la falta de unidad de acción del esfuerzo militar global de los franceses en España, algo que caracterizó al empeño napoleónico a lo largo de casi toda la Guerra de la Independencia.

El caso es que los ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal reducidos en su fuerza y sin desplegar adecuadamente se presentaban como una presa propicia para Wellington y su ejército. Éste preparó un plan que consistía en avanzar con cuatro grandes columnas –ala derecha, dos del centro y ala izquierda– desde el valle del Bayas hasta el borde de la Llanada alavesa, para una vez reunidas allí abordar la posición francesa con la derecha y el centro y desbordarla con el ala izquierda. Dicha fuerza al mando de Graham no tenía unas instrucciones claras sino que debía actuar según progresara el ataque del centro y la izquierda. Girón, partiendo de Orduña, debía progresar detrás de Graham.

La importancia de la maniobra de desbordamiento del ala izquierda residía en que si conseguía llevarse a cabo cerraría la retirada del ejército imperial por el camino real de Francia, el único por el que un ejército tan numeroso podía retirarse sin dejar atrás su artillería y vehículos. Por otra parte, si se realizaba con determinación podía incluso rodear al ejército enemigo y producir su total aniquilación. El inconveniente que presentaba la maniobra del ala izquierda es que debía avanzar bastante separada del resto de la fuerza, lo que la hacía vulnerable, de ahí que Wellington, de por sí prudente, no quería aventurarla hasta ver como se desarrollaba la batalla en el resto del frente y hasta que Dalhousie, que debía aparecer a su derecha, estableciera el enlace con ella.

Por su parte los franceses se encontraban desplegados en tres líneas sucesivas. El ejército del Mediodía (Gazan), con sus cuatro divisiones y media, daba frente al oeste en primera línea al otro lado del Zadorra y cerraba las avenidas por la que debía atacar el cuerpo principal de Wellington. Detrás estaba el ejército del Centro (d'Erlon) con dos divisiones y en última posición el de Portugal (Reille) con otras dos. Una de ellas, la de Sarrut, que ya tenía desplazada una brigada junto al Zadorra en el extremo derecho del despliegue, se desplegó antes del amanecer en



Batalla de Vitoria

Aránguiz cerrando la carretera de Bilbao por la que había aparecido Longa. Entre ambas partes del despliegue la caballería cubría el río en su amplio tramo suroeste-noreste, abarcando unos diez kilómetros. El frente total era pues muy amplio para la fuerza allí presente. Por último, las divisiones de caballería de Trelliard y Pierre Soult permanecían en reserva sobre el camino real, la Guardia Real se encontraba junto a Vitoria y la pequeña división josefina de Casapalacio, como ya se ha dicho, estaba más a retaguardia en Durana.

La suerte estaba echada. La batalla de Vitoria estaba a punto de empezar. ¡Las armas decidirían el resultado de la campaña! El día 21 de junio las columnas aliadas se pusieron en marcha con las primeras luces del alba para alcanzar el Zadorra. Hill a la derecha, con Morillo en cabeza, lo cruzó a las siete y media por la Puebla de Arganzón (1). Wellington, al mando directo de la columna derecha del centro aliado, detuvo sus tropas cerca del río (2) y las ocultó a la espera de que Dalhousie apareciera por Mendoza con la otra columna de su centro. Aquel, sin embargo, se perdió en la niebla de la mañana y al no dar señales de vida detuvo a la otra columna del centro por un lapso de cuatro horas. De igual manera Graham con sus 21.000 hombres se detuvo al acercarse a la llanura (5) al no encontrar a su derecha a Dalhousie. Dicho general mandaba una columna compuesta por dos divisiones, la suya y la de Picton. Este último era, sin duda, el general apropiado para mandarla pero su mal carácter había hecho que Wellington le relegara del mando de la columna, entregándoselo a un general con menor experiencia y capacidad.

Dicho incidente merece ser relatado con mayor detalle pues determinó en gran medida el desarrollo de la batalla hasta el mediodía. Ambas divisiones, partiendo del valle de Cuartango, tenían que cruzar la sierra de Badaya por itinerarios separados para reunirse al otro lado en Hueto Arriba y Hueto abajo. Aquellos caseríos se encuentran en un valle que penetra entre dicha la sierra y la de Arrato, ocultándose a los itinerarios por los que avanzaban las columnas vecinas. Una vez reunidas en ambas poblaciones, las divisiones debían progresar por Martioda y Mendoza para cruzar el río por Trespuentes y Momario. Al alcanzar Martioda la columna de Dalhousie ya estaría a la vista y en condiciones de enlazar con sus vecinos, pero mientras no saliera del fondo del valle retendría a Wellington y Graham en sus posiciones de espera.

Pues bien, Picton, superando grandes dificultades, llegó a Hueto Abajo a las ocho (3). Dalhousie no encontró el itinerario y terminó llegando a Hueto Arriba con una hora de retraso y únicamente con una de sus tres brigadas (4). El impaciente y determinado Picton ya se había

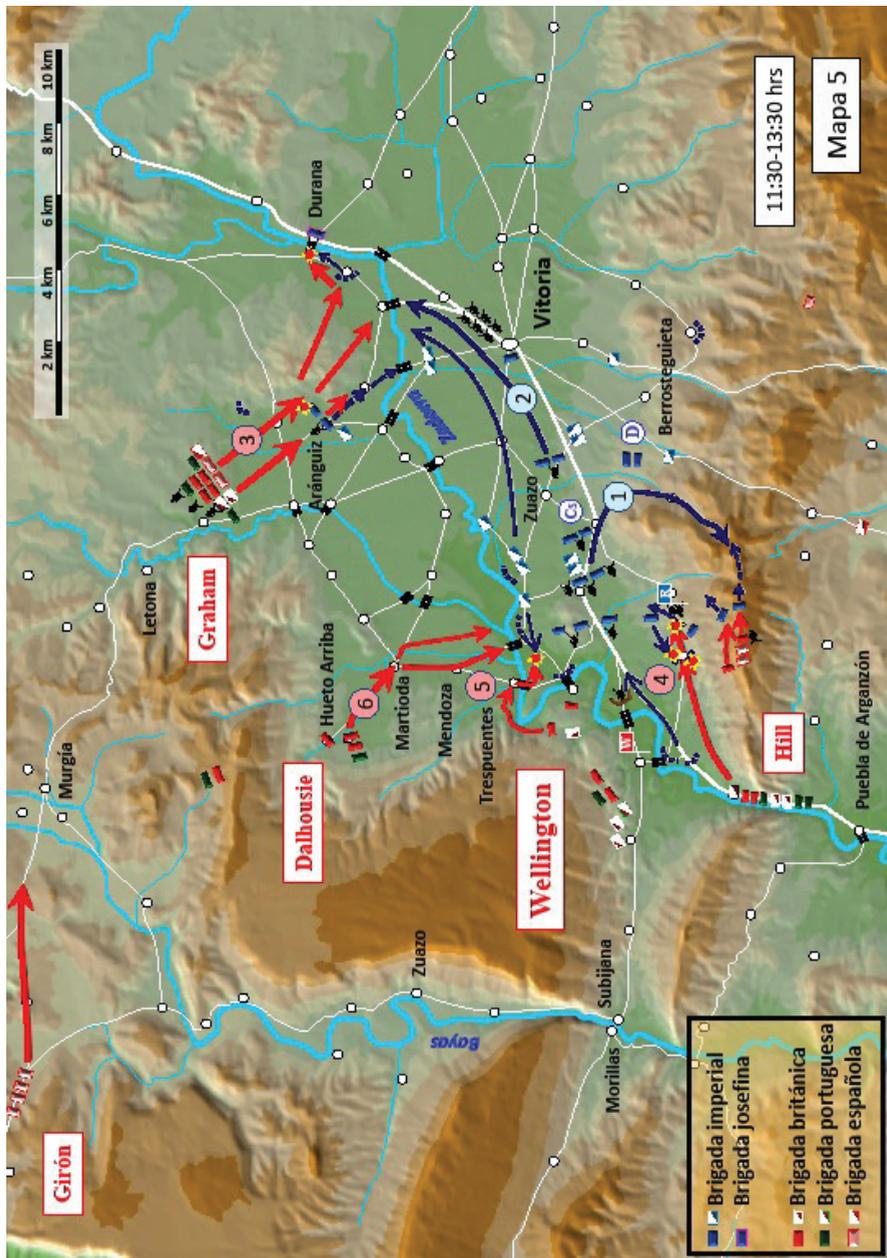
puesto en marcha al ver llegar la cabeza de columna de la otra división pero Dalhousie le hizo volver. Allí permaneció inmóvil hasta que por fin a las once y media recibió la orden de su jefe de ponerse en marcha, iniciándose con ello la segunda fase de la batalla.

En consecuencia al principio de la mañana la única fuerza que entró en combate fue el ala izquierda de Hill. Morillo al salir de la Puebla se dirigió hacia las alturas que cierran el desfiladero del Zadorra por el este, se extienden al sur de la Llanada alavesa y se conocen como Montes de Vitoria, aunque los ingleses se refieren a ellas como Montes de la Puebla. El resto de la columna de Hill llegó hasta el desfiladero y se detuvo allí. Morillo trepó por la cresta y rechazó hacia el este los destacamentos que la ocupaban. Hill viendo los progresos de la división española y la importancia que la posesión de aquellas alturas podía adquirir, envió refuerzos a Morillo que a las diez de la mañana ya había atacado dos posiciones sucesivas.

Volviendo al campo francés, al amanecer de aquel día José montó a caballo y llegó a las seis de la mañana a Aríñez acompañado del mariscal Jourdan. Desde allí su jefe de estado mayor se hizo rápidamente cargo del estado de las cosas y viendo la excesiva amplitud del frente propuso al monarca que fuera retrasado hasta la posición dominante del resalte de Zuazo. Gazan, se opuso a ello argumentando que dicha maniobra resultaría muy peligrosa en presencia de las cabezas de columna enemigas que ya se habían hecho visibles. De ese modo se desperdició la última ocasión para corregir, al menos en parte, los múltiples errores de las jornadas anteriores. Por el contrario, se enviaron fuerzas para detener la progresión de Morillo por los montes de Vitoria (6). Pero al ser enviadas de modo fragmentado no consiguieron su objetivo y, sin embargo, dejaron la primera línea bastante desguarnecida.

Viendo la presencia al sur de las fuerzas españolas del Charro y Dos Pelos, Jourdan pensó que se trataba de la vanguardia de una fuerza mayor que amenazaba con aparecer por la carretera de Treviño, hipótesis que se veía reforzada tanto por la decidida progresión de Morillo por las crestas, como por la falta de actividad del enemigo por las otras direcciones. En consecuencia ordenó que las divisiones de caballería Tilly y de infantería Cassagne se desplazaran hacia el sur junto a Berrosteguieta para cubrir al ejército frente a dicha eventualidad (7).

Al no poder detener el avance de los aliados por los montes de Vitoria, Jourdan tuvo que enviar la división Villatte dando un gran rodeo hacia el pico de Zaldiaran (1) para que entrara allí en posición antes de que lo alcanzaran sus oponentes.



Batalla de Vitoria

En el lado opuesto del frente, en la carretera de Bilbao, la situación había permanecido pasiva sin que los franceses se dieran cuenta de que tenían en frente una poderosa fuerza dispuesta a pasar al ataque en cualquier momento. No fue hasta pasadas las once de la mañana cuando Reille fue informado de aquello y cuando, tras comprobarlo personalmente, dio la orden de que el resto de su ejército acudiera a aquel tramo del Zadorra para contener la inminente embestida (2). Resultó muy oportuno ya que en menos de media hora Graham pasaría al ataque (3).

El resultado de todas aquellas maniobras iniciales fue que al mediodía el despliegue francés únicamente conservaba una división de infantería en reserva, la de Darmagnac, estando otras siete extendidas en un amplísimo frente y la de Cassagne desplazada hacia el sur para oponerse a una amenaza imaginaria. Y esto ocurría cuando su oponente estaba a punto de desencadenar un avance general contra toda su línea.

Los aliados, por su parte, tras un largo periodo de inactividad para la mayor parte de sus fuerzas iniciaron progresivamente el ataque en toda la línea. Mientras la división Morillo había sido relevada en la cabeza del ataque por las crestas por tropas británicas, hacia las once y media Hill hizo avanzar a su segunda división que atacó Subijana de Álava (4), despejándola de sus escasos defensores y continuando contra la división Conroux que estaba en posición al noroeste de Zumelzu. A continuación se produjeron una serie de contraataques entre ambas divisiones con suerte diversa para ambas partes. Más al norte Wellington había sido informado por un paisano de que el puente de Trespuentes estaba desguarnecido y de la existencia de una senda que conducía hasta allí. Dispuso entonces que una de las brigadas de la división Ligera tomara dicho recorrido y cruzara el Zadorra (5). La medida resultó muy oportuna ya que una hora después aparecieron junto al río las cabezas de columna de Dalhousie (6).

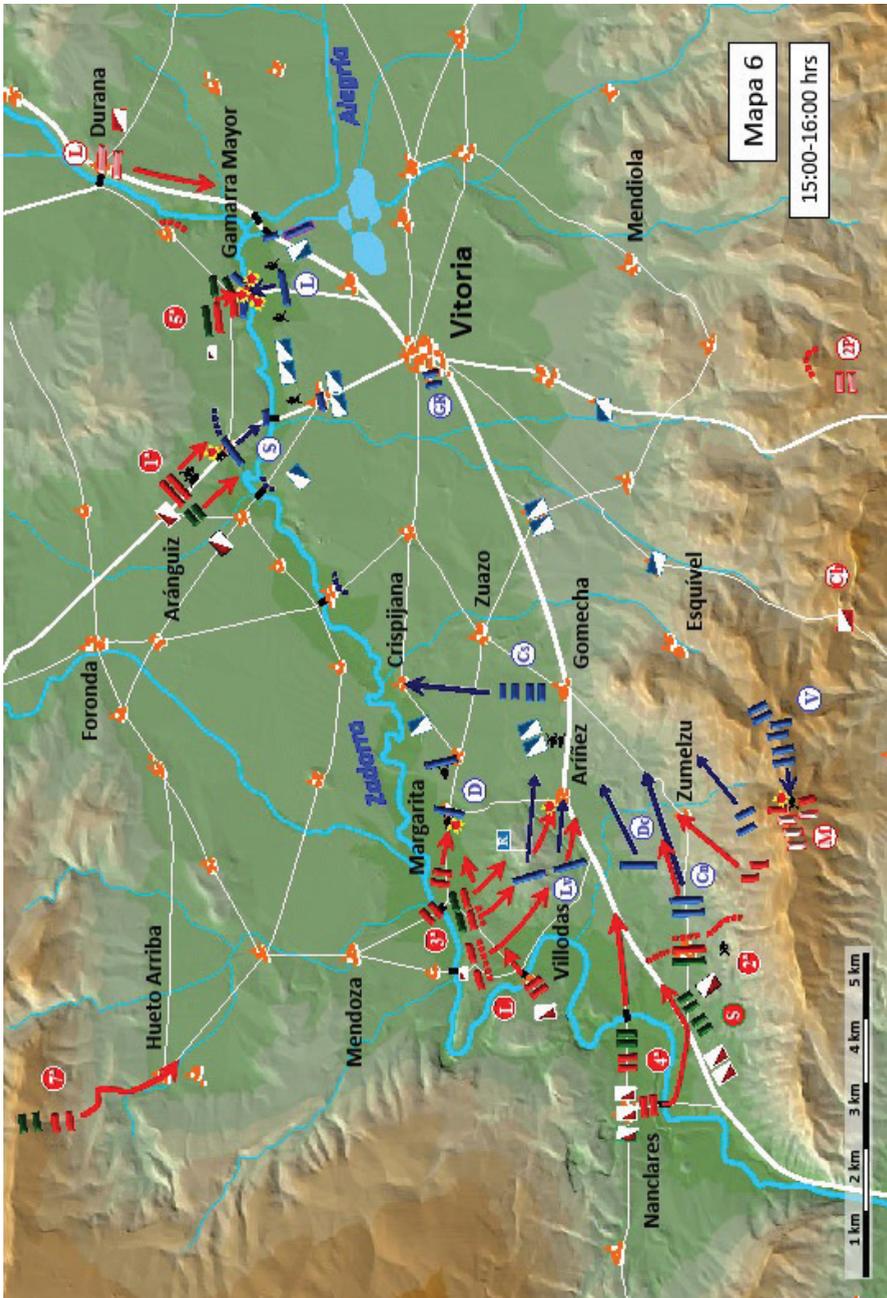
A la izquierda del dispositivo aliado Graham se puso en movimiento pasadas las doce, abordó la posición que Sarrut mantenía en Aránguiz y le forzó a replegarse (3). Mientras se realizaba dicha maniobra Reille había conseguido poner en línea todas sus tropas para defender el Zadorra entre el puente de Yurre y la confluencia de dicho río con el arroyo Escalmendi. Longa, que marchaba a la izquierda, se dirigió a Gamarra Menor, expulsando de allí a un destacamento josefino. Desde allí progresó hasta en frente de Durana que atacó a continuación. Al cruzar el Zadorra, y tomar dicho pueblo interceptó la carretera de Francia y conquistó un objetivo primordial para el conjunto de la fuerza aliada. La quinta división junto con la brigadas portuguesa de Pack, todo ello

bajo el mando de Oswald, avanzó hacia Gamarra Mayor, defendida por la división Lamartiniere, donde se producirían algunos de los combates más intensos de la batalla. Sin embargo, con el resto de su fuerza Graham mantuvo una actitud prudente, sin empeñarlo apenas, pesando que tenía en frente una fuerza mayor de lo que realmente era. Al hacerlo, hizo posible que Reille, al límite de sus fuerzas, sostuviera un frente excesivamente amplio durante más de cinco horas.

Es importante destacar que tras la ocupación de Durana por Longa la única vía de retirada que le quedaba a los imperiales era la carretera de Pamplona. Esta era estrecha y mala, por lo que bastaba que un vehículo volcara o quedara detenido por cualquier razón para que todos los que vinieran detrás ya no pudieran pasar. Además, el terreno al este de la capital alavesa era bajo, en parte pantanoso y con las recientes lluvias estaba encharcado y muy blando, lo que no permitía a los vehículos salir de los caminos para dar un rodeo. Cuanto más apresurada se hiciera la retirada, mayor sería la debacle para el ejército imperial y el cortejo de refugiados.

El avance de la columna Dalhousie estaba amenazando gravemente el flanco derecho del ejército del Mediodía que asentado en las alturas de Júndiz no tenía apenas fuerzas que lo protegieran. Inmediatamente se enviaron hacia allí las dos divisiones del ejército del Centro. De ese modo ya no quedaba ninguna división de infantería en reserva. A partir de aquel momento, si las fuerzas de Wellington conseguían romper la línea en algún punto resultaría muy difícil o incluso imposible restablecer la situación.

Hacia las tres de la tarde, con todas las divisiones aliadas del centro y de la derecha alineadas, se inició ya propiamente el ataque general. El ejército del Mediodía se vio obligado a replegarse abrumado por una fuerza muy superior. No obstante, tanto la división de Darmagnac en Margarita como la de Leval en Aríñez contuvieron con determinación y habilidad la embestida enemiga. Sin embargo, más al sur la división Conroux que ya se había empeñado seriamente contra las fuerzas de Hill se replegaba con poco orden. Jourdan ya había decidido constituir una nueva línea defensiva en el resalte de Zuazo, donde ya lo había propuesto al amanecer, alineando allí la mayor parte de la artillería disponible y recogiendo en ella las divisiones del Centro entre el Zadorra y el camino real y las del Mediodía desde el camino real hasta los montes de Vitoria. La maniobra era extremadamente complicada y más aún en aquellas circunstancias en que no quedaba reserva alguna que pudiera ir recogiendo a las fuerzas que se replegaban. Sin embargo, en el momento

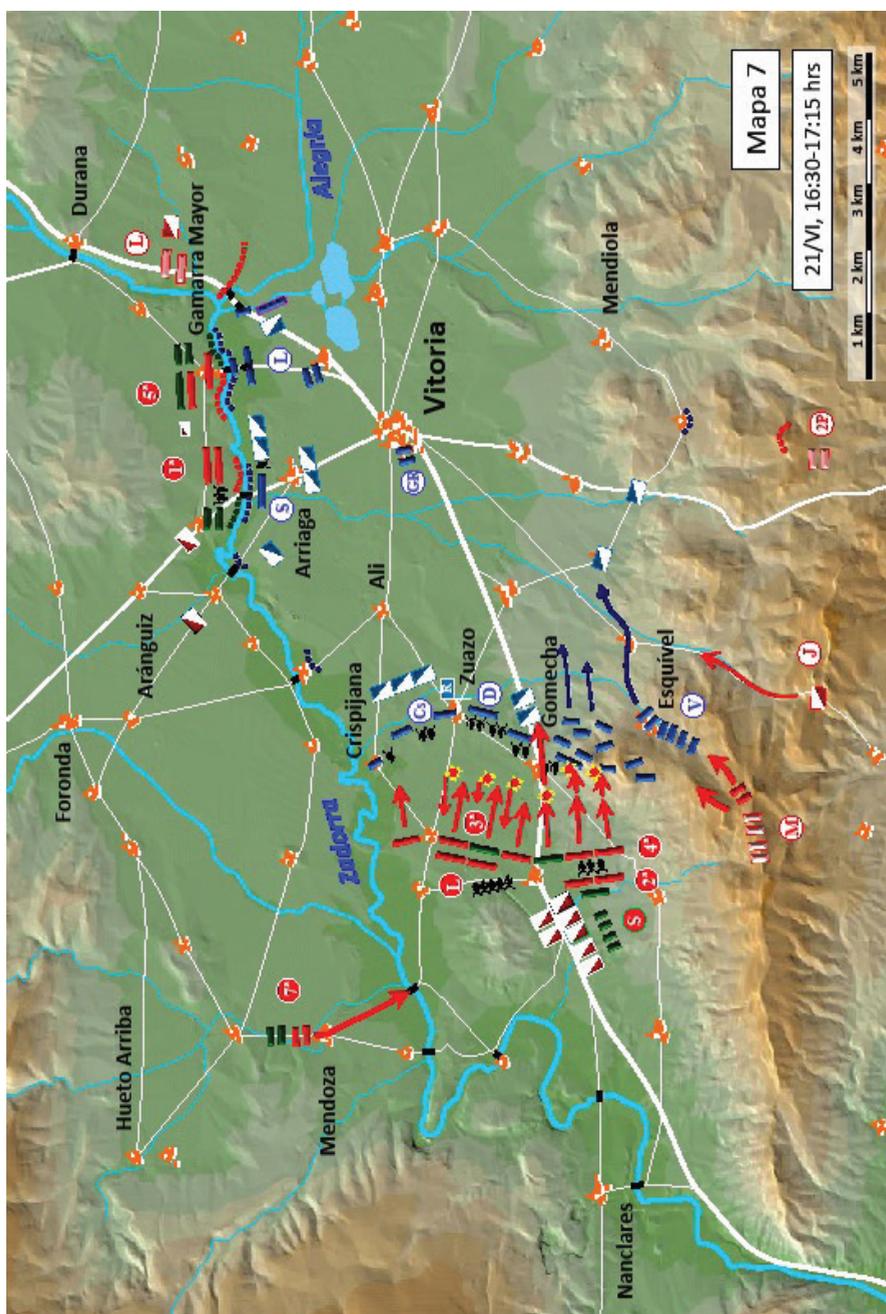


Batalla de Vitoria

clave cuando las divisiones francesas todavía no habían ocupado sus nuevas posiciones Wellington no quiso lanzar su caballería, deteniendo el avance para realinear de nuevo sus divisiones de infantería antes de proseguir el ataque. Su jefe de artillería, el teniente coronel Dickson, empezó a acumular en el frente todas las baterías que pudo. La batalla empezó a adquirir el carácter de un gran duelo artillero.

Cuando pasadas las cuatro de la tarde la línea aliada avanzó de nuevo en masa, fue inicialmente detenida por las descargas de la artillería en el sector defendido por el ejército del Centro. Pero más al sur, a la altura del camino real, donde ambos ejércitos debían enlazar, el ejército del Mediodía estaba dejando una pequeña brecha defendida únicamente por artillería y caballería. En su repliegue la división Leval –que ocupaba la posición más al norte que era la que enlazaba con el ejército del Centro– había buscado la protección de las alturas del ramal montañoso que desciende desde los montes de Vitoria hasta Gomecha, desviándose más de la cuenta hacia su izquierda. Además, algunas tropas de dicho ejército no se detuvieron en la línea establecida y continuaron con el repliegue hacia el este. Un caso muy destacado fue el de la división Villatte que con su jefe a la cabeza marchó a toda prisa desde las alturas de Zaldiarán sin detenerse en ningún momento, ni preocuparse de contener a las tropas aliadas que marchaban en su persecución. Aquella actitud irresponsable arrastró detrás de sí a otras tropas en un momento clave de la batalla.

En aquella hora fatídica para las aspiraciones del monarca intruso, se estaban produciendo unos enfrentamientos muy intensos en torno a la altura de Picozorroz –al sur de Gomecha– entre los infantes británicos de refresco de la cuarta división y los hombres de Leval. Pronto se amplió la brecha que existía en el camino real y los británicos consiguieron penetrar por ella. ¡La batalla estaba perdida para la causa imperial! El rey dio la orden de retirada general. La multitud de civiles que había precedido en su repliegue a los ejércitos imperiales fue presa del pánico y, estando la carretera de Francia interceptada, intentó huir hacia Pamplona. Inmediatamente se produjo un embotellamiento de tráfico. La circulación con cualquier tipo de vehículos al este de Vitoria se hizo imposible. La masa de coches de caballos, carromatos y personas detenidos se convirtió en un obstáculo de grandes dimensiones. En aquellos vehículos, así como sobre los animales de carga, había un inmenso botín que en las horas inmediatamente posteriores encendería las pasiones y el instinto depredador de la soldadesca de ambos bandos...



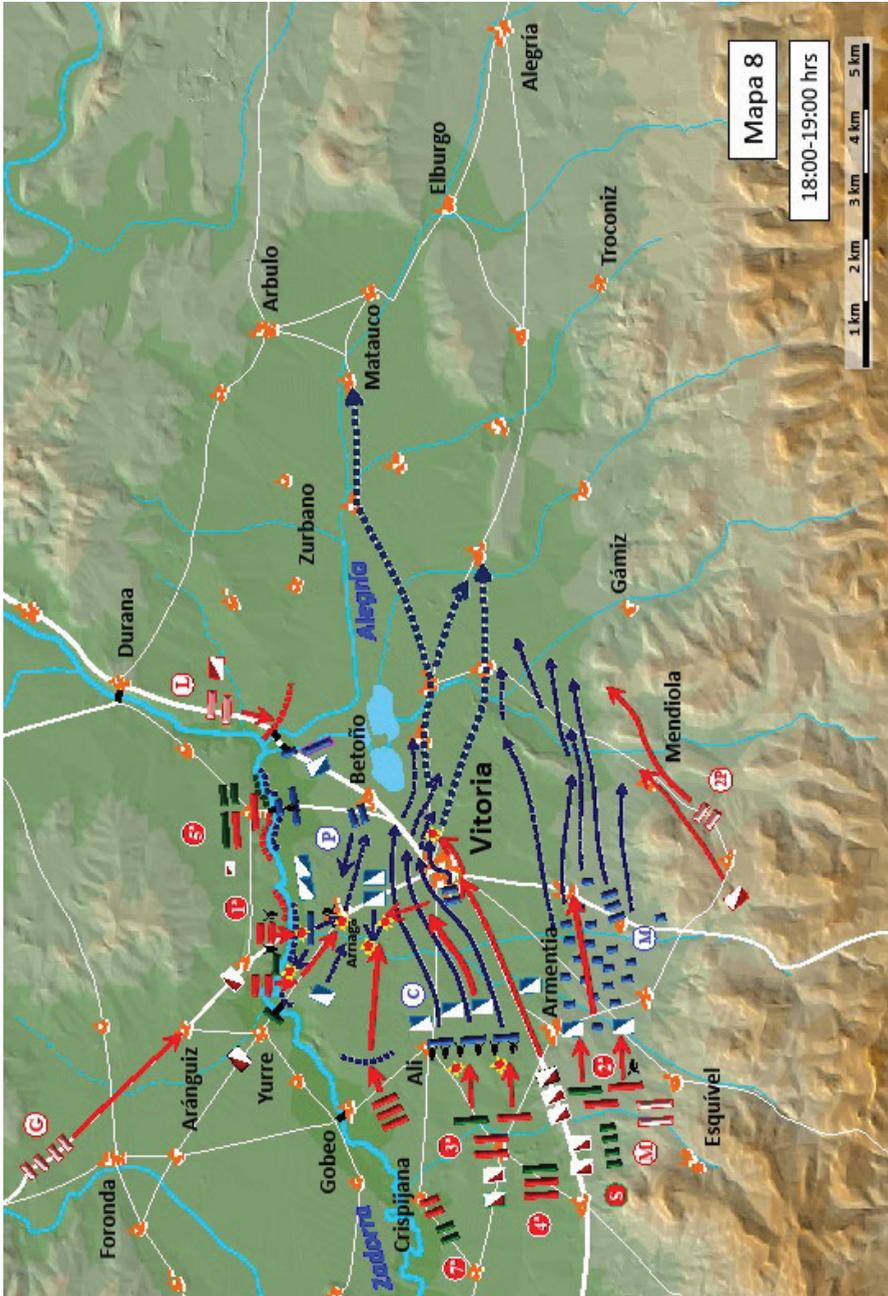
Batalla de Vitoria

El flanco izquierdo de la sólida línea que la artillería y las divisiones del ejército del Centro habían constituido entre el río y la carretera había sido desbordado por el sur. El ejército del Mediodía perdió toda cohesión y buscó refugio en la huida, pasando al sur de la ciudad, el del Centro todavía hizo un último intento de resistencia en una nueva línea improvisada más al este, entre Armentia y Ali. Tras ser de nuevo desbordado, dicho ejército se replegó con orden por el norte de Vitoria, hasta alcanzar el tumulto producido por el gigantesco atasco. A partir de allí, abandonando bagajes y artillería, las tropas se retiraron hacia Elburgo.

El general Álava había pedido a Wellington que le diera una fuerza de caballería para evitar que Vitoria fuera saqueada, cabalgó hasta allí a la cabeza de aquellos jinetes y una vez alcanzada la ciudad encerró a la población en sus casas y cerró las puertas de la ciudad, salvando con ello a sus paisanos de un destino trágico. Otras tropas de caballería británica avanzaron por el camino real y se toparon con las tropas en plena retirada; el propio rey José estuvo muy cerca de caer en sus manos.

Sin embargo, el ejército de Portugal siguió conservando el orden y la cohesión. Su comportamiento salvó a las fuerzas imperiales de una debacle mucho mayor. Aun en la derrota, las maniobras y el comportamiento de Reille y de sus hombres fueron la actuación militar más meritoria de toda la batalla. Frente él, Graham había permanecido en una actitud excesivamente circunspecta. No fue hasta que vio llegar por su derecha a las fuerzas aliadas que avanzaban al sur del Zadorra, a la altura de Gobeo, cuando se decidió a cruzar el río y atacar la izquierda de Reille. Se produjeron una serie de combates donde participaron tanto las fuerzas de Graham como las de Dalhousie. El ejército de Portugal fue capaz de presentar un nuevo frente hacia el Oeste, permaneciendo en posición hasta que todas las fuerzas del ejército del Centro se abrieron paso hacia el Este. Entonces Reille dirigió sus tropas de forma progresiva hacia Zurbano y Arbulo, al norte del río Alegría. Una vez en Arbulo giró hacia el sur y no se detuvo hasta alcanzar Alegría, lugar hacia el que convergió la gran masa de tropas imperiales en retirada de los tres ejércitos.

Alcanzado el objetivo que se había propuesto, la persecución no fue una prioridad para Wellington. Por otra parte, al atrapar sus tropas el gran convoy detenido en las proximidades de Vitoria, éstas se dedicaron en gran parte al saqueo y el pillaje. Ante la magnitud del botín la cohesión militar se desvaneció. Las vanguardias aliadas perdieron el contacto con el enemigo, siendo las tropas de Dos Pelos y Pack las que en Trocóniz y Elburgo alcanzaron los puntos más al este. En manos aliadas cayeron 151 cañones, innumerables carrromatos y material militar, más



Batalla de Vitoria

de 1.000 carruajes, una cantidad inimaginable de riquezas y obras de arte, una inmensa fortuna en dinero y lingotes de oro –de la que solo una quinta parte fue a engrosar las arcas del ejército–. Junto a la ciudad de Vitoria se habían acumulado el convoy con oro enviado desde Francia, el tesoro personal de rey, las cajas de los ejércitos y, a parte, las cantidades en metálico y otras riquezas llevadas por los leales al monarca.

En lo relativo a las bajas militares de la jornada: 1.500 hombres quedaron muertos sobre el terreno, otros 8.000 combatientes habían sido heridos. Ambas partes se repartieron aquellas pérdidas de modo similar. Los aliados hicieron únicamente 2.700 prisioneros. La cantidad global de bajas imperiales no resultó muy elevada comparado con la importancia del enfrentamiento armado al ser la persecución la fase de una batalla en la que se producen las mayores pérdidas.

La situación de los franceses tras la batalla era desesperada: la fuerza principal del rey en plena desbandada hacia Pamplona; las divisiones de Clauzel al sur de Vitoria sin enlace alguno con el monarca, ni conocimiento preciso de lo ocurrido; las tropas que a fuer de las circunstancias habían quedado a cargo de Foy, al norte, repartidas entre las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Se produjo entonces una carrera contra reloj para poner las tropas imperiales a salvo tras los Pirineos. En aquella coyuntura, desprovistas de toda dirección superior, dichas tropas demostraron porqué eran consideradas la mejor fuerza militar de su tiempo y con un número muy reducido de bajas consiguieron alcanzar su objetivo. La casi totalidad de las unidades y guarniciones se pusieron a salvo, solamente Pancorbo, que había quedado aislada muy atrás, la guarnición de Pasajes, víctima de un golpe de mano de Longa, y algunos heridos de Clauzel, que tuvieron que ser abandonados por falta de medios de transporte, cayeron en manos aliadas.

Al día siguiente de la batalla las tropas francesas del cuerpo principal, en un estado de gran desmoralización y total desorden continuaron su desbandada hacia Pamplona. Únicamente unas pocas unidades conservaron la cohesión, el propio rey en su retirada se había desentendido de ellas; Reille con lo que le quedaba de su ejército constituyó la retaguardia. Sin embargo, al no verse presionadas de cerca las tropas fueron recobrando el ánimo y progresivamente recuperaron la apariencia de ejército. Hasta el segundo día después de la batalla no se inició la persecución propiamente dicha. En Irurzun el Ejército de Portugal se desvió hacia el norte, el resto de las fuerzas consiguió alcanzar sin grandes contratiempos Pamplona, en cuyos alrededores se terminó de reunir el día 24. Allí las grandes unidades se tomaron un respiro, se

reorganizaron y partiendo hacia el norte alcanzaron dos días después el Valle del Baztán y San Juan de Pie de Puerto.

Clauzel, habiendo alcanzado la Llanada alavesa al día siguiente de la batalla y tras intentar unirse a ciegas con el rey, perseguido de cerca, volvió a Francia dando un gran rodeo por Zaragoza y Jaca, uniéndose al resto de los ejércitos en San Juan de Pie de Puerto el 14 de julio.

Foy esperó a las tropas más retrasadas, fue recogiendo todas las guarniciones y organizó con maestría el repliegue, haciendo un alto en Tolosa por si aparecían por allí las tropas en retirada del monarca. Tras el combate que allí se produjo el 25 de junio, éste continuó su repliegue con orden de posición en posición, dando tiempo a que San Sebastián fuera puesto en estado de defensa. Finalmente el 30 de junio desde Irún se retiró al otro lado de la frontera, donde se unió al resto del ejército de Portugal.

Al alcanzar el Bidasoa y Pamplona y tras haber intentado cerrar el paso a Clauzel, Wellington detuvo su avance, lo que permitió a los franceses reconstituir su ejército con los recursos del gran depósito militar de Bayona. El emperador depuso a su hermano del mando y situó en su lugar a Soult, su pertinaz enemigo. La gran masa de soldados huida del campo de batalla de Vitoria había recobrado la condición de fuerza militar respetable que continuaría oponiéndose al ejército aliado durante casi un año y numerosas batallas.

No obstante, la mayor parte de España había quedado liberada de los ocupantes y la Guerra de la Independencia había llegado ya a su fase terminal. La noticia de la derrota de Vitoria le llegó a Napoleón unos cuantos días después en Sajonia, cerca de Dresden. La noticia cayó como una bomba en toda Europa. A principios de julio de 1813 reinaba una enorme tensión negociadora y el Emperador quería prolongar el armisticio firmado el 4 de junio en Pleischwitz para ganar tiempo y poder concluir la organización de nuevas fuerzas con las que proseguir su campaña ofensiva. Austria cambió finalmente de posición y se sumó a la coalición que terminaría derrotando el 19 de octubre en Leipzig los designios napoleónicos.

Los sucesos militares ocurridos el 21 de junio a la vista de la ciudad de Vitoria alcanzaron en su tiempo una resonancia universal; doscientos años después aquellos acontecimientos merecen ser recordados y conmemorados. Los hombres que lucharon en aquella campaña escribieron una página memorable de la historia militar europea. Los británicos lucharon para debilitar la posición estratégica de su enemigo irreconciliable Napoleón, el rey José para conservar su trono, mientras que para los españoles era una cuestión de supervivencia nacional.